

Maira Alejandra Caicedo Montejo
Richard Stevens Ladino Herrán

CAMINOS DE **RESILIENCIA**

Historias de guerra y paz
de los sobrevivientes del conflicto





Presidente del Consejo de Fundadores

P. Diego Jaramillo Cuartas, cjm

Rector General Sistema UNIMINUTO

P. Harold Castilla Devoz, cjm

Vicerrectora General Académica

Marelen Castillo Torres

Rector Cundinamarca

Jairo Enrique Cortés Barrera

Vicerrectora Académica Cundinamarca

Carolina Tovar Torres

Director Centro Regional Soacha

Jhensus Elías Carvajal Gómez

Directora General de Publicaciones

Rocío del Pilar Montoya Chacón

Director de Investigaciones Cundinamarca

Juan Gabriel Castañeda Polanco

Coordinador de Publicaciones Cundinamarca

Diana Carolina Díaz Barbosa

Caicedo Montejo, Maira Alejandra

Caminos de resiliencia: historias de guerra y paz de los sobrevivientes del conflicto / Maira Alejandra Caicedo Montejo, Richard Stevens Ladino Herrán; editor Miguel Ángel Castiblanco. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios. Rectoría Cundinamarca, 2018.

ISBN: 978-958-763-279-8

114 p. il.

1.Conflicto armado -- Investigaciones -- Colombia 2.Víctimas de guerra -- Historias de vida -- Colombia 3.Paz -- Estudio de casos -- Colombia i.Ladino Herrán, Richard Stevens ii Castiblanco, Miguel Ángel (editor)

CDD: 303.60986 C14c BRGH

Registro Catálogo UNIMINUTO No. 90714

Archivo descargable en MARC a través del link: <https://tinyurl.com/bib90714>

Autores

Maira Alejandra Caicedo Montejo

Richard Stevens Ladino Herrán

Editor

Miguel Ángel Castiblanco

Correctora de estilo

Elvira Lucía Torres B.

Diseño y diagramación

Sandra Milena Rodríguez Ríos

Primera edición: 2018

300 ejemplares

Impreso por: Periódicas S. A.

Edición impresa: ISBN 978-958-763-279-8

Edición digital: ISBN 978-958-763-272-9

Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Calle 81B No. 72B - 70

Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO. Todos los capítulos publicados en este libro son seleccionados por el Comité Editorial de acuerdo con los criterios establecidos. Está protegido por el Registro de Propiedad intelectual. Los conceptos expresados en el libro competen a sus autores, son su responsabilidad y no comprometen la opinión de UNIMINUTO. Se autoriza su reproducción parcial en cualquier medio, incluido electrónico, con la condición de ser citada clara y completamente la fuente, siempre y cuando las copias no sean usadas para fines comerciales.

Contenido

• Presentación _____	7
• Prólogo _____	11
• Introducción _____	15
• Tejiendo el camino: de la comprensión a la acción _____	17
• Voces de resiliencia: un camino para construir paz _____	29
• Marino: la alegría de hacer felices a otros _____	31
• Cecilia: tejiendo paz, una puntada a la vez _____	45
• Franklin: comunidad y esperanza _____	59
• Karen: paz a través de la música _____	71
• Jhon: un camino que forjó el teatro _____	83
• Del camino recorrido y las reflexiones _____	97
• Referencias _____	111

Presentación

“Queremos un mundo en el que la vulnerabilidad sea reconocida como esencial en lo humano. Que lejos de debilitarnos nos fortalece y dignifica. Un lugar de encuentro común que nos humaniza”.

PAPA FRANCISCO

Caminos de resiliencia, historias de guerra y paz de los sobrevivientes del conflicto, como libro, es una invitación abierta de sus autores para que cada lector al abrir sus páginas encuentre en ellas una posibilidad a la *esperanza*, a la *reconciliación* y al *perdón*; a la *esperanza*, en cuanto muestra a través de las voces silenciadas por los ruidos de la guerra en Colombia, una oportunidad para gritar al aire, que existe vida después del conflicto, a la *reconciliación*, en tanto expone de manera genuina rostros y miradas de personas que alguna vez fueron fragmentadas en su integridad y que hoy sin vestigios de rencor y odio en sus palabras, reclaman la necesidad de volver al reencuentro para apaciguar el alma, y finalmente al *perdón*, como una forma de bisagra para cerrar los puertas del pasado y permitir la apertura de nuevas ventanas, que vislumbren futuros en el que el progreso



sea una constante que garantice la reconstrucción de sueños rotos, que alguna vez la sociedad asintió que les resquebrajaran sin pudor alguno y que hoy está en deuda por restaurar.

Esta obra aunque breve en extensión pero profundamente amplia en sus significados por la coyuntura del tema que aborda, es el resultado de un proceso periodístico e investigativo riguroso, en el que sus autores decididos por visibilizar las historias de sobrevivientes del conflicto armado residentes en el municipio de Soacha, se adentran en relatos de vida que los llevan a iniciar un viaje por la memoria de sus protagonistas, definidos como sobrevivientes, en este viaje son ellos, justamente los protagonistas, quienes desempolvan sus recuerdos, escudriñando en su doloroso pasado, episodios que desearían borrar de un solo tajo, pero que inevitablemente los acompañarán como cicatrices indelebles, tanto que son esos mismos recuerdos, los que actualmente después de un largo proceso de limpieza interior de sus aguerridos espíritus, les han brindado la fuerza suficiente para sobreponerse de las fracturas que les dejó la implacable guerra, pero que desde su frágil condición humana superaron para hacer germinar en ellos y su entorno cercanos la semilla de la esperanza en medio de los a veces terrenos áridos y erosionados de la indiferencia.

Es así como al sumergirse en las historias de resiliencia de Marino, Cecilia, Franklin, Karen y Jhon, se está contando a su vez la historia de un territorio quebrantado como Soacha, y como lo puede ser cualquier otro sitio en Colombia, que haya sido perpetrado por los proyectiles de la guerra, Soacha, un lugar de resiliencia estigmatizado por los medios de comunicación y por la sociedad colombiana que parecen endilgarle, toda clase de rótulos para reflejar el olvido y la indiferencia a la que ha sido condenada de manera injusta y censurable, aspectos que sin duda, comparte con los relatos de los cinco protagonistas de éste libro, pues al igual que ellos, también es una ciudad que ha sobrevivido al conflicto armado, una ciudad emergente que se presenta como un reto ineludible para los dirigentes de turno, que infortunadamente no han estado a la altura de las circunstancias y cuyo abandono actúa como excusa para encubrir su egoísmo y mezquindad.

De esta manera, cada camino de resiliencia emprendido por los sobrevivientes se entrecruza directamente con las calles y el asfalto de este lugar, cada historia lleva necesariamente consigo la impronta de Soacha, tierra de muiscas cuyo linaje parece permear la fortaleza de esos personajes anónimos que al igual que sus montañas resiste con firmeza los rigores de la guerra y el tiempo.

Ahora bien, los autores del libro, desde las primeras páginas exponen con ciertos rasgos de sencillez, pero a su vez con mucha rigurosidad investigativa y académica, el proceso adelantado que trazó el alcance de este trabajo periodístico y que hoy con gran orgullo presentan a sus posibles lectores como una muestra de la inmersión, reflexión y análisis realizados; un proceso, cimentado sobre los fundamentos del enfoque praxeológico de UNIMINUTO, enfoque tan amplio como complejo en su conceptualización, y que algunos se han atrevido a señalar que a través de las palabras no se logra dar sentido amplio a su definición, pues solo desde la práctica y la experiencia se transmite su verdadera dimensión. En concordancia con lo anterior, *Caminos de resiliencia*, es un libro donde se percibe de manera tangible el enfoque praxeológico, pues en él, se ponen bajo el lente y las miradas propias de la comunicación social y el periodismo un tema coyuntural para la historia de Colombia, como lo es el proceso de justicia y reparación para las víctimas del conflicto armado, y cómo las víctimas asumiendo un rol activo de reivindicación de su integridad a través de la resiliencia, definen y entienden como sobrevivientes, la complejidad que demanda la construcción de paz.

Inevitable no mencionar el reconocimiento obtenido por los autores, en el marco del Premio Nacional de Periodismo 2018, otorgado por el Círculo de Periodistas de Bogotá, en la categoría mejor tesis de grado, espacio donde destacadas figuras del periodismo nacional, insistieron en la enorme responsabilidad que tiene la academia en la formación de los futuros profesionales de la comunicación, recalcando que experiencias como *Caminos de resiliencia*, contruyen puentes desde el diálogo e idean sueños comunes que vencen la desesperanza.

A manera de colofón, cabe señalar, que las páginas de este libro guardan entre sus líneas, ejemplos vivos de esa fuerza que alimenta la esperanza después de la derrota, aquí ya no importan los nombres, rostros o marcas del pasado de los protagonistas; ahora lo verdaderamente significativo, son esos momentos de ruptura los cuales a partir de lo agradablemente humano, lograron hacer que personas invisibles a los ojos de una indolente e indiferente sociedad, mirarán el ayer en retrospectiva para reconciliarse, dejando atrás todo aquello que los vulneró en lo más profundo de su integridad, y desde allí, forjar un camino para iniciar otro trasegar hacia nuevos horizontes esperanzadores que los convierten en legítimos sobrevivientes.

Miguel Ángel Castiblanco
Editor

Prólogo

Para el jurista francés Jean-Michel Blanquer, que es en la actualidad el ministro de Educación de su país, Colombia es un “jaguar” que por fin ha llegado a su plena madurez.

“Ahora que el jaguar (es decir, Colombia) ha llegado a la madurez, todo parece estar al alcance de su mano”, dice en su libro ‘La Colombie’, lanzado recientemente en Francia, en el que este investigador del tema andino, y en particular del colombiano, desborda su conocimiento de este país que está en un momento coyuntural de su historia por su tránsito a una paz que se proyecta a partir del proceso con las Farc, pero que padece de imperfecciones, de severos traspiés y desencuentros y que debe enfrentarse a enormes desafíos como las bandas emergentes, el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el narcotráfico, el tráfico de personas, los atentados contra el medio ambiente, la corrupción, la pobreza, las luchas por la tierra y la aterradora desigualdad, entre otros muchos.

El problema de no haber tenido jamás paz es que no sabemos en qué consiste ni cómo se construye, aunque intuyamos sus caminos. Al final, como casi todo en este país de poetas y asesinos, de milagros y oscuras realidades, tendremos que imaginarla y construirla a golpes de corazón y de ternura.

La feliz analogía con el mítico felino de nuestras selvas, cada vez más golpeadas por la tala indiscriminada y una frontera agrícola que no respeta los árboles ni el agua, se plantea como la urgencia de una paz que los colombianos debemos buscar ya no a partir de los fenómenos políticos y económicos que nos han sacudido desde épocas inmemoriales de nuestra historia y que se han manifestado en una violencia extrema, sino estableciendo como base nuestros propios corazones y la memoria, que no debe morir, y que es la garantía para que las atrocidades no vuelvan a sucederse.

Por eso reconforta que Mayra y Richard hayan hurgado las fibras de nuestra propia tragedia en ‘Caminos de Resiliencia’, el documental web y ahora publicación impresa, en los que a través de las historias de cinco ‘sobrevivientes’ -como los llaman- trazan un fino sendero que clama para no descender hacia la revictimización de los protagonistas y en cambio los dibuja en un escenario de superación y vocación de servicio que nace a partir de las traumáticas experiencias de su cara a cara con la muerte, de su vecindad con el dolor y el de sus familias. Porque las tragedias de estos cinco colombianos son las derrotas de los casi 50 millones de compatriotas, de los latinoamericanos, de la humanidad.

Soacha, la misma de las almojábanas y las garullas, pasó de ser una apacible población a la que los bogotanos iban de paseo de olla, a encarnar los cinturones de miseria y de exclusión que han sido la constante de los procesos apabullantes de urbanización de las grandes metrópolis latinoamericanas. Pero más allá de eso, se convirtió en el escenario en el que las distintas guerras que se disputaban en las zonas rurales colombianas tuvieron una réplica en zona urbana, en las goteras de Bogotá. Guerrilleros, paramilitares, campesinos desplazados, víctimas y victimarios terminaron fundiéndose en una sola miseria y reproduciendo todos los factores

de violencia que los precedieron en una espiral de dolor que apenas se está empezando a develar y cuyas consecuencias seguirán golpeando la convivencia durante generaciones. A esta carga le sumaron los problemas propios de las grandes ciudades, las angustias, la permanente zozobra de unas vidas al filo del abismo y la desesperanza.

De ahí que la aproximación que Mayra y Richard hicieron con su tesis de grado en Periodismo y que mereció el reconocimiento del premio del Círculo de Periodistas de Bogotá sea tan importante, pues el relato de la guerra en Colombia ha tendido a hacerse desde la óptica de los gobernantes, de los jefes militares, guerrilleros o paramilitares, de los agresores, desde los centros de poder o de toma de decisiones, e incluso desde las telenovelas; y no desde el punto de vista de las víctimas, de los desplazados, de los marginados por el fenómeno. Y si se ha hecho ha sido para recalcar su condición de fragilidad y de desgracia, no su resiliencia, esa palabra difícil y esquivada que encierra en sus once letras un mundo de fuerza interior y de amor por la humanidad que muy a menudo no consigue titulares de prensa o se esconde discretamente en aras de sus propósitos superiores.

Porque lo habitual es el registro de las tragedias, las matanzas, las masacres, como si fuera un dolor ajeno y extraño. En cambio, todas aquellas historias de valentía, de resistencia y de una heroica complicidad con la alegría y la ilusión de un país más habitable, se pierden en la memoria de quienes lo viven, pero no se vuelve masivo, ejemplo para otras historias similares en otros lugares, en otros paraísos imaginados.

A través de los hilos y los retazos de tela de Cecilia se narra una historia de amor, dolor y traición. Sus manos son el vehículo de su resistencia a la tragedia que marcó su vida y la de decenas de familias de Soacha que sufrieron uno de los episodios más oscuros de la historia colombiana reciente: la de los falsos positivos.

En el programa de radio de Marino y en la labor de Franklin, juntos al frente de la Fundación Colombia Nuevos Horizontes, se brinda un bálsamo a los desplazados de la tragedia colombiana que llegan a Soacha huyendo de la violencia.

En la contagiosa sonrisa de Karen, los jóvenes del sector de Bellavista tienen una valiosa oportunidad de tener una opción diferente de vida, de entrar en una dinámica alejada de la violencia para proyectarse hacia realidades menos contaminadas y más musicales.

Al igual que John, que lleva el oficio de la actuación como si fuera un apostolado en el que enseña una misión diferente a los chicos y chicas de la Ciudadela Sucre, que luchan día a día por mejorar sus condiciones de vida y salir de las espirales de violencia que se atraviesan esquina tras esquina.

En todos vive la esperanza de este país. Ellos construyen, a través de las catarsis de sus propios dolores y desventuras, una paz bendita y balsámica a la que debemos empezar a dedicarle más atención, pues han entendido que no será desde el Capitolio Nacional, la Casa de Nariño, o el despacho de un alcalde que la cruda realidad empezará a cambiar para bien. Es desde su piel, desde su mirada diferente y esperanzada, desde su trabajo firme y vigoroso que en este país dominado por la guerra y sus fantasmas la vida empezará, finalmente, a tener sentido.

¡Que el jaguar brille!

Eduard Soto
Editor Internacional
EL TIEMPO CASA EDITORIAL

Introducción

La guerra en Colombia ha dejado más de ocho millones de víctimas, en su mayoría población civil, y cada una de ellas representa un punto de vista diferente sobre el conflicto. A pesar del dolor de este proceso social, tan arraigado en el imaginario nacional, existen personajes que si bien sufrieron directamente sus estragos, decidieron ir más allá de la tristeza, apostándole a la paz en tiempos de incertidumbre. Los sobrevivientes del conflicto enfrentan la violencia con armas más poderosas que el miedo: ellos, cargados de soluciones pacíficas, demuestran que existen otras rutas para construir una mejor sociedad y un mejor país. La superación de una situación traumática, como lo es el conflicto armado, no ha ocupado grandes titulares, la guerra continúa presente en los medios informativos cuando se está en una etapa de construcción de paz.

En las páginas siguientes el lector encontrará cinco relatos de vida de colombianos sorprendentes que por medio del arte, la pedagogía de la memoria y la labor social lograron sobreponerse a un pasado violento y hoy contribuyen desde su cotidianidad a la reconciliación, y esperan un futuro prometedor. Tendrá la oportunidad de acercarse a los sueños, emociones,

tristezas y acciones sociales de cinco sobrevivientes de Soacha; de recorrer los caminos por donde transitaron para construir lo que hoy representan: líderes sociales comprometidos con el desarrollo de sus comunidades. El relato que aquí se presenta lo guiará al pasado, presente y futuro de Marino Rivera, Cecilia Arenas, Franklin García, Karen Bermúdez y Jhon Hernández, algunos casos particulares entre quienes han superado la guerra más larga del continente.

Esta recopilación es el fruto de un proceso periodístico llevado a cabo durante un año, recorriendo las calles del municipio, para encontrar a esos héroes anónimos que, a pesar de vivir el desplazamiento forzado, el dolor de perder a un ser querido por los falsos positivos y las problemáticas sociales que la violencia ha generado en zonas urbanas, salieron adelante. Este proyecto, pensado por y para los sobrevivientes, dio como resultado el documental web *Caminos de resiliencia*, publicado en línea y disponible en www.caminosderesiliencia.com. La investigación, que lleva el mismo nombre, fue premiada en la categoría “Mejor tesis de grado” del Premio Nacional de Periodismo 2018, otorgado por el Círculo de Periodistas de Bogotá.

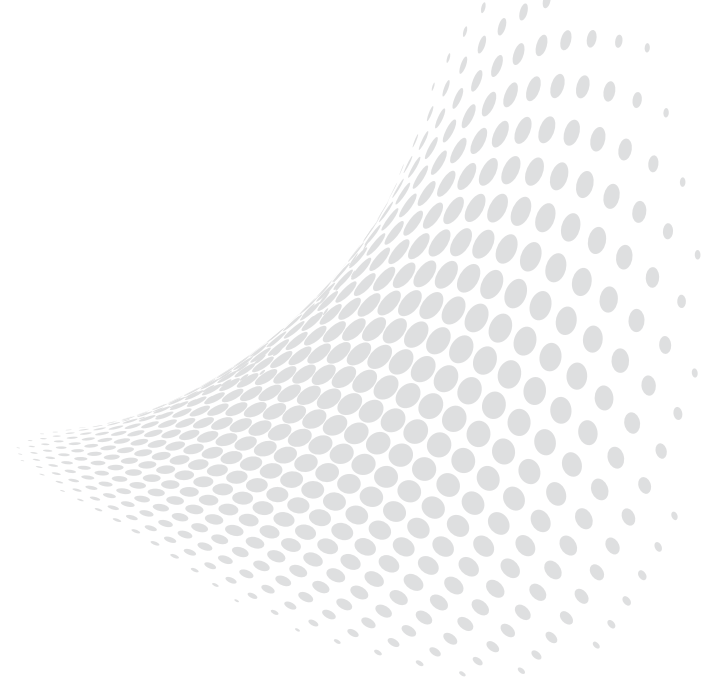
Caminos de resiliencia reconoce la labor de los sobrevivientes del conflicto, sus roles dentro de una sociedad y cómo desde sus prácticas diarias aportan a la paz desde antes de los acuerdos en La Habana. Se apuesta por una Colombia que viva en armonía y reconciliación, con un país que resguarde la memoria, que el derecho al recuerdo sea una prioridad. Es hora del periodismo que contribuye a la paz, cuya construcción implica el aporte de todos los que conforman una sociedad; por tal razón, el periodismo, al ser generador de opinión, tiene la responsabilidad de producir esperanza en las audiencias.



Tejiendo el camino: de la comprensión a la acción

“Como no tenemos referente de lo que es la paz, lo que tenemos que hacer es imaginarla y ayudar a crearla para estar a la altura del momento histórico que estamos viviendo”.

DIANA URIBE



Colombia es un país con una grandeza natural innegable. No es al azar que esté rodeado por dos océanos y que cuente con la segunda biodiversidad más grande del mundo. Su relieve se asemeja a una gran colcha de retazos, diferentes ambientes cargados con una particularidad especial que se vuelven uno solo y algunos kilómetros bastan para conocer la humedad del pacífico o la calidez abrazadora del Caribe. El clima variable define los rasgos culturales de su gente, su grandeza también se observa en la multiculturalidad. Las costumbres, expresiones artísticas y folclor mestizo, afro, indígena y zambo dan cuenta de toda esa amalgama diversa, aunque su mayoría se niegue a reconocerla; como lo afirma el escritor colombiano William Ospina (1996): “Colombia ha sido una sociedad incapaz de trazarse un destino propio, la única cultura en que se ha negado radicalmente a reconocerse es en la suya propia”.

Como la mayoría de naciones de Latinoamérica, Colombia se ha hecho a pulso, su historia violenta ha marcado de forma importante el imaginario colectivo, afectando duramente los aspectos sociales, políticos y económicos del país. El realismo mágico que alguna vez Gabo narró en sus obras demuestra la complejidad de esta región, donde los sucesos más

increíbles pueden ocurrir. Una muestra de ello ha sido el conflicto armado interno, la guerra civil más larga del continente que ha dejado un número considerable de afectados en el transcurso de su historia: 8 307 777, según el Registro Único de Víctimas (2018). El conjunto de manifestaciones violentas son deudas de guerras pasadas que no han sido solucionadas y que, aún hoy, repercuten en la formación de un conflicto más grande, con nuevos actores, pero con los mismos problemas, la guerra que vive el país es una adición de violencias (Wills, 2013).

En el año 2011 el Gobierno Nacional creó la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, mediante la cual empieza a reconocer los derechos de la población afectada y la forma de repararlos. El 4 de septiembre de 2012 la Presidencia anuncia oficialmente el inicio de los diálogos de paz con las Farc, y el 24 de noviembre de 2016 se pone fin a medio siglo de enfrentamientos bélicos, luego de la reformulación de ciertos puntos del acuerdo como consecuencia de los resultados del plebiscito por la paz. Uno de los ejes principales del pacto es el tema de justicia para las víctimas, por eso se presenta el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y Garantías de No Repetición; el cual es ejercido por la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), en cabeza de ocho organismos que desde principio de 2018 velan por su cumplimiento.

No obstante, el presente del acuerdo es lento, su implementación hasta la fecha ha sido del 18,5%, según lo informó la Comisión Internacional de Verificación de los Derechos Humanos (El Espectador, 12 de febrero, 2018). Pero ¿acaso la paz no va más allá de la firma de las partes? ¿La efectividad de un proceso social de esta magnitud depende solamente de un cese al fuego por parte de un grupo armado, o elementos como el perdón, la tolerancia, la empatía y la justicia social deberían ser fundamentales? O ¿Cuál es el verdadero significado de paz y cómo se construye en un país como el nuestro? ¿No requiere la participación activa de todos los miembros de una sociedad? ¿Quiénes directamente han sufrido el flagelo de la guerra no han generado procesos de reconciliación y sanación desde antes de los acuerdos? ¿No podría estar en ellos la clave para que los colombianos sepan cómo superar el conflicto?

La fortaleza frente a situaciones adversas es una característica instalada en el ADN de los colombianos, la resistencia es sello de la historia nacional, que bien podría trasladarse a la superación del panorama violento que ha acompañado su pasado y presente. La búsqueda de la paz por medio de la reacción armada no es la ideología que todos los afectados comparten y predicán; al contrario, las comunidades han entendido que la mejor forma de ganarle al dolor no se basa en utilizar las mismas estrategias. Por eso, cargados de mecanismos pacíficos alzan la voz para demostrar que existen otras vías para llegar a la mediación nacional. Apostar a la paz en tiempos de guerra es una muestra de heroísmo; un ejemplo de ello surge precisamente en Soacha. Allí, habitantes del barrio Altos de la Florida contrarrestaron los efectos del conflicto con arte callejero y teatro (AFP, 27 de abril, 2017).

Lo anterior hace pensar en un término usado principalmente en la psicología, que tal vez no esté muy alejado de la situación que viven las personas que han logrado superar los estragos de la guerra. Ese concepto es el de la *resiliencia*, definida como la capacidad que tiene un sujeto o una estructura social para sobreponerse a situaciones traumáticas. Se presume que el término aparece en el campo de la física y la ecología para definir cómo un elemento puede recuperarse, y es estudiada a profundidad por las ciencias sociales gracias al psicólogo Michael Rutter, según el cual: “la resiliencia se comprende como la variación individual en la manera en la que las personas responden a los riesgos a lo largo del tiempo” (como se citó en Villalba Quesada, 2003, p. 285). El conflicto armado colombiano es un suceso traumático innegable, por lo tanto, quienes después de la calamidad ven esperanza y luchan día a día por construirla no deberían ser reconocidos como víctimas, así no se reivindica su imagen.

La definición de víctima concebida por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) desde el Derecho Internacional Humanitario en la Resolución 40/34 de 1985, hace alusión a un individuo o conjunto de individuos que por causa de un hecho determinado han sufrido algún tipo de daño a consecuencia de “acciones u omisiones que violen la legislación penal vigente en los Estados miembros, incluida la que proscribe el abuso

de poder”. Como se mencionó anteriormente, los rasgos que convierten a un individuo en una “víctima” (generando desde el uso del lenguaje una singularidad nociva) son consecuencia de haber sufrido algún flagelo que deslegitime sus voluntades, por tanto, el concepto no encierra elementos de identidad que lo definan totalmente, solo presenta una pequeña arista de lo que fueron alguna vez.

Si bien una víctima es quien sufre un daño ¿qué ocurre después con este sujeto cuando supera la situación problema? ¿Debería seguir siendo etiquetado por lo que vivió? Pero ¿cómo podría potencializarse esa voz resiliente si desde el mismo uso del lenguaje se cae en estereotipos negativos que no empoderan a este individuo? La respuesta se encuentra precisamente en el manejo de términos, y es que esa modificación en el lenguaje brinda otra forma de abordar esta realidad. Cuando una persona tiene la capacidad de sobreponerse a un pasado con condiciones adversas, deja de ser un sujeto damnificado para convertirse en sobreviviente “situando al individuo en una mejor posición para la psicoterapia y para el trabajo de recuperar el control vital” (Rodríguez, 2009, p. 38).

Justamente, en la investigación que da origen al presente texto se hace uso del concepto de *sobreviviente* en vez del de *víctima*, así no esté condensado en la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (Ley 1448 de 2011), normativa que les permite acceder a ciertos beneficios. La razón implica un ejercicio ético y de reconocimiento, ya que si solo prevalece esta particularidad se estarían desconociendo los testimonios de coraje que envuelven a este grupo social, viendo el dolor como la única herramienta para referirse a ellos y a sus historias. En este sentido, el término *sobreviviente* responde a un sujeto que realizó un proceso de reparación acertado y que hoy no se encuentra en una situación vulnerable. Por tratarse de una investigación de tipo exploratorio se asume el riesgo de mantener el concepto.

Soacha, según datos de la Unidad para las Víctimas (8 de febrero, 2016), es un municipio donde el 97% de los habitantes son desplazados, de los cuales el 8% son afectados directos de la guerra colombiana. El municipio “ha recibido cerca de 50 000 víctimas del conflicto armado, desplazados

en su mayoría, provenientes de casi todas las regiones del país”, lo que ha contribuido al crecimiento territorial desaforado y lo ha convertido en uno de los diez municipios más poblados de Colombia (El Espectador, 12 de febrero, 2016). Soacha ha sido un foco de migración constante, pues gran cantidad de familias han sido forzadas a migrar desde diferentes lugares del país y terminaron asentándose en este territorio debido a su cercanía con Bogotá, a que los terrenos son bastante económicos y a su combinación ruralurbana que no genera cambios drásticos en las formas de vida de estos nuevos pobladores.

Barrios como Cazucá y Altos de la Florida, que en un inicio se denominaron *zonas ilegales*, cuentan con gran asentamiento de población víctima, proveniente en su mayoría del Pacífico colombiano (El Tiempo, 13 de junio, 2014). Con el crecimiento poblacional también han venido aumentando la inseguridad, la falta de presencia gubernamental, el daño medioambiental y demás problemas a los que el Estado no ha hecho frente para ofrecer soluciones. Soacha, al ser un lugar de víctimas (entiéndanse por tales aquellos sujetos que aún no han realizado un proceso de resiliencia) no debe hacer caso omiso a una realidad latente que forma su identidad: estos nuevos pobladores con sus expresiones y modos de vida también hacen parte del municipio, su segundo hogar. La interrelación de culturas es necesaria para la convivencia, pues, como lo afirmó Filippo Grandi, Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados (Acnur), en su visita al país en julio de 2016:

El enfoque territorial de los acuerdos de paz no será insuficiente si no se atiende a la población desplazada que está en áreas urbanas y no quiere regresar a sus tierras. [...] El objetivo final es que se logren integrar a la sociedad, la legalización de su estadía en comunidades urbanas es quizá la mayor prioridad de cara al posconflicto. (Como se citó en Salgar, 3 de julio, 2016).

Debido a la ausencia de una solución que integre y no revictimice, se desencadenan problemáticas sociales no previstas, generando así un efecto de bola de nieve que no puede detenerse. Situaciones como las

fronteras invisibles, la invasión de terrenos, el microtráfico y la inseguridad podrían ser prácticas nocivas ligadas a los efectos del conflicto, porque al no haber proyectos que brinden una mejor calidad de vida a esta población, el panorama es desalentador: víctimas de guerra que por no realizar un proceso de reparación para superar acertadamente los estragos de la violencia comienzan a repetir esas conductas agresivas que sufrieron y, como consecuencia de ello, surgen nuevos conflictos sociales en nuevas zonas.

Sin embargo, no todo está perdido. El caso de la comunidad de Altos de la Florida, en la que por medio del arte buscan mejorar su calidad de vida, no es solo un ejemplo aislado. En cada rincón de la geografía de Soacha existen hombres y mujeres que han hecho del perdón su arma más poderosa, héroes de carne y hueso que adoptan la resiliencia como consigna para no resolver el problema con las mismas dinámicas. Precisamente, este elemento amplía el término sobreviviente al demostrar cómo efectivamente las consecuencias de la guerra afectan a nuevas comunidades, y cómo estas, desde sus propios medios, buscan soluciones.

El objetivo de *Caminos de resiliencia* ha sido visibilizar, mediante el documental web que lleva el mismo nombre, los procesos de superación de los sobrevivientes del conflicto armado colombiano que residen en el municipio de Soacha, con el fin de aportar a la construcción de la memoria histórica. A través de cinco personajes que, por medio del arte, la labor social y la pedagogía en torno a la memoria lograron sobreponerse a los estragos de la guerra, se podrá conocer por qué personas reales, a pesar del daño sufrido, construyen paz desde su cotidiano, tiempo antes de los acuerdos en La Habana. Y cómo esa fuerza les permitió convertirse en líderes sociales de las comunidades a las que pertenecen.

El documental web (una documentación digital sobre un asunto en particular) juega con narrativas multimedia al reunir piezas audiovisuales, fotográficas y de audio que le permiten a quien ingrese al sitio ampliar los relatos de los protagonistas, de modo que la experiencia se haga más dinámica. Las producciones de este tipo son pensadas por, para y con la red, es decir, la narrativa está creada para este formato, por lo que los elementos

que la conforman hacen parte de un todo. Además de las historias de vida el usuario encontrará voces expertas, especialistas que abordan temas como: la situación de los sobrevivientes en el municipio, la construcción de la memoria histórica en el posconflicto y el cubrimiento periodístico en tiempos de paz. Para tal fin, se contó con la participación del Centro Regional de Víctimas, el Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano de la Universidad Distrital (Ipazud) y ¡Pacifista! la plataforma de periodismo para la paz de Vice Colombia.

El *webdoc* (por su abreviación) presenta nuevos modos de visualización frente al documental tradicional, ya no es necesario el uso de una sala para poder proyectarlo; al contrario, si el espectador (que se vuelve un usuario) cuenta con un computador o aparato tecnológico puede observarlo desde el lugar donde se encuentre. Sin embargo, su creación también tiene ciertos desafíos, uno de ellos es la permanencia del usuario en el sitio y qué tan atractivo le resulta el producto. No obstante, el reto le brinda un mundo de posibilidades creativas al realizador, múltiples formas de presentar contenido.

En Colombia, si bien el catálogo no es extenso, sí se encuentran experiencias que han visto en el formato digital y transmedia una alternativa para dar a conocer historias de forma más llamativa. Cabe destacar dos documentales web que sirvieron de inspiración y punto de partida en la realización de *Caminos de resiliencia*. En primer lugar, *El Charquito documentando* (2016), proyecto realizado por los habitantes de la vereda El Charquito, del municipio de Soacha, en colaboración con la Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO, el colectivo Suacha en Imágenes y la Fundación Sembrando Cultura. A través de la mirada de sus pobladores se recrean las múltiples historias que esconde este mágico lugar. Este producto, que se consolidó por ser el primero en su clase realizado en Soacha, se encuentra en www.elcharquitodocumentando.com.

El segundo y más completo a nivel nacional es el documental interactivo *Pregoneros de Medellín* (2015), creado por el grupo Carabalí, que reúne las historias de vida de los vendedores ambulantes de la ciudad, quienes por medio de dichos y canciones características ofrecen sus productos.

En www.pregonerosdemedellin.com el usuario hace “un recorrido virtual por el universo laboral y personal de aquellos que entendieron que al amor y a los clientes se les seduce por el oído” (Grupo Carabalí, 2015). El traslado del papel al ámbito digital es una transición que se está vi- viendo con fuerza; es la web el nuevo espacio para empezar a resguardar la historia que se está trazando y el baúl de memorias que próximas gene- raciones podrán consultar.

La llegada de la era digital con el uso global de internet ha contribuido a la divulgación democrática de temas y posturas, convirtiéndola en un mecanismo de integración para generar nuevo conocimiento. Los medios alternativos les permiten a grupos que han sido marginados levantar su voz; por ello, la elección de este medio como herramienta fundamental para visibilizar más allá del sufrimiento las historias de esperanza de quienes sobrevivieron a los enfrentamientos, no es aleatoria. En Soacha, por ejemplo, el 8% de la población es afectada por la violencia, pero sus re- latos de vida acerca de su transición de la guerra a la paz son desconocidos.

Este hecho lleva a reflexionar sobre el tratamiento mediático respecto al conflicto interno y el auge que ha recibido actualmente la paz. El manejo dominante de las historias de los sobrevivientes no ha sido el adecuado: basta con abrir un periódico o prender la televisión para darse cuenta de que se habla de la guerra desde el panorama de la violencia. El periodismo se ha encargado de narrar este episodio de la historia colombiana desde la revictimización, llevando a la población sobreviviente a contar una y otra vez lo sucedido “sin enmarcarlo en un contexto más general y analítico” (Behar, 2016, p. 55). Mostrar la realidad no debe ser sinónimo de agresión, hay otras perspectivas que no se han tomado en cuenta y que vale la pena incluir si la comunicación busca aportar al cambio social.

Caminos de resiliencia tiene como finalidad que, a través de la vi- sibilización de las buenas acciones, el periodismo también aporte a la paz. Como lo afirma la periodista mexicana Cristina Ávila “Nos quieren hacer creer que contar la realidad es lo mismo que contar la violencia. No hay cabida para historias de paz” (Como se citó en Toro, 3 de junio,

2016). Es allí donde el oficio periodístico tiene la responsabilidad de ser ese puente que permita generar espacios de debate en torno al tema, no solo transmitiendo información como un agente externo, sino ampliando el panorama al incluir voces que deberían ser consultadas y que no han tenido gran participación.

No se debe olvidar que los medios de comunicación son agentes en la producción de opinión, pues lo que presenten al espectador “tiene la posibilidad de influir de manera positiva o negativa en la opinión pública” (Observatorio de Construcción de Paz, 2012, p. 3). Si en la coyuntura el tema de la construcción de paz está en boga, la comunicación debe responder a estas dinámicas. No hay congruencia en un ambiente de posconflicto si los medios saturan a su audiencia con imágenes cargadas de dolor y usando un lenguaje revictimizante; así será difícil llegar a la reconciliación. Es en estos vacíos donde aparece el periodismo para la paz y, el texto que aquí se presenta es un acercamiento a este ejercicio responsable, que enmarca, subraya y resalta las buenas acciones y las iniciativas de paz de las comunidades.

Si en los medios tradicionales se juega con lo publicable que solo responde al interés de particulares y a agendas difíciles de cambiar, este nuevo periodismo le brinda la posibilidad a todos los que conforman la sociedad de formar parte de la discusión y de la solución. Es perjudicial deshumanizar al que se considera enemigo, por tanto, una práctica periodística rigurosa no puede generar discordia. La paz es una condición con la que todos los miembros de una comunidad se ven beneficiados y aportan para que así suceda. Haciendo uso de un medio tan cotidiano y creciente como internet se puede empezar a abrir la discusión en otras plataformas y con otros públicos que no han sido incluidos en el debate.

Caminos de resiliencia busca aportar a la construcción de la memoria histórica dando a conocer las historias de esta población desde otro enfoque. Un país que no genere espacios de memoria difícilmente tendrá raíces sólidas de identidad. Si en el debate público nacional se está discutiendo sobre las posibles rutas para construir paz, el periodismo no puede ser ajeno

a esta realidad. Al contrario, debería mostrar en su agenda informativa las experiencias positivas que se tejen a su alrededor. Se espera que este libro y el documental web realizado —cada frase, palabra, encuadre y diálogo que aquí se condensa— permitan que la aproximación a los procesos resilientes de los sobrevivientes del conflicto sea adecuada, y se incluya en el debate público, además de sensibilizar a la sociedad en general en cuanto a que día a día se puede aportar a la paz, y a que ese compromiso no depende de las partes que firmaron un acuerdo.





Voces de resiliencia:

un camino para construir paz

“Las grandes cosas por la gente no las hace el Estado, las hacen los particulares que lograron abrirse camino a pesar de la persistente adversidad”.

WILLIAM OSPINA

U F H P L E O U A
W J S K H V A C R O H F
T R B C M D S



Marino:

la alegría de hacer felices a otros

Marino Rivera es oriundo de Altamira (Huila), pueblo cálido de achiras y casas coloniales, ubicado al suroriente de Colombia. Él recuerda con añoranza su tierra y cómo, junto a su familia, iban por el campo a recoger maracuyás. Allí creció, con sus hermanos y amigos, un niño que en medio de la naturaleza luchaba con su mayor miedo para ese entonces: las serpientes. Y es que una tarde, caminando por pastales interminables y esquivando los grandes árboles, divisó una fruta en el suelo y decidió recogerla, pero una víbora enrollada le había ganado. Marino soltó de inmediato la fruta, y el susto lo obligó a gritar como nunca antes, corrió con el aliento entrecortado y con una de las experiencias más atemorizantes que aún lleva en su memoria.

Años después, en 1983, su familia decidió abandonar su lugar natal y partir hacia el municipio de Florencia (Caquetá), aun cuando sabían que era un departamento golpeado por el conflicto armado. Por ese entonces, había constantes enfrentamientos entre diferentes guerrillas populares, el Ejército de Colombia y grupos del narcotráfico que se disputaban el control territorial. Allí, en Florencia, Marino empezó a guiar su camino por el conocimiento; siendo un bachiller técnico, en 1993 acepta una propuesta para ser profesor en una escuela ubicada en Solano, municipio a la ribera del río Caquetá. Después de pasar más de un año en Solano, vuelve a Florencia, y allí conoce a la que hoy es mamá de su hijo. Juntos, en medio del rebusque diario deciden abrir un restaurante de comidas rápidas, mientras Marino, a la vez, trabajaba como secretario en un colegio de la zona.

Una noche, cuando el reloj marcaba las ocho, Marino se encontraba en su restaurante junto a su esposa, terminaban de limpiar y ordenar para cerrar; de repente, dos hombres atravesaron la oscuridad e ingresaron al local sin levantar mayor sospecha, pues vestían de civil. Llamaron a Marino y se presentaron como miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc). Sin agregarle más a la conversación, le informaron que el comandante de esa guerrilla le exigía una cuota para el apoyo a la causa, la “revolución”. Marino, con un miedo que le inundó rápidamente el cuerpo, pero con valentía por defender lo suyo, se negó. Comentó que el dinero que recibía del local, en su mayor parte, estaba destinado al arriendo del mismo, que no tenía con qué aportar.

Las amenazas continuaron, y, ante esta situación compleja, Marino y su esposa se vieron obligados a cerrar el restaurante. Tiempo después de este primer encuentro con los guerrilleros, Marino dejó nuevamente la ciudad de Florencia para trabajar en un colegio de Puerto Rico, municipio perteneciente también al departamento del Caquetá. Allí, se encontró con una de sus pasiones, la radio; él siempre tuvo en su cabeza la idea de hacer radio, y allí se dio esa oportunidad de manejar una emisora comunitaria, pero no sería lo único con lo que se toparía él en Puerto Rico. Un día, durante una de las tardes tranquilas que arroja esta llanura amazónica, Marino se



dirigía hacia su casa, cuando dos hombres lo tomaron por sorpresa y se lo llevaron a una zona baldía. Él no se resistió, pues sabía perfectamente que quienes se lo llevaban eran hombres de la guerrilla.

Estando en ese lugar, le dijeron que necesitaban hablar; de inmediato lo lanzaron al suelo, y uno de ellos puso un pie en su garganta. Entre insultos feroces le dijeron que tenían pruebas de que él era un auxiliar del Ejército de Colombia, y, con un papel en la mano, los sujetos le mostraron que su nombre estaba en una especie de tabla de comando militar. Marino sintió que su vida se quedaba allí, en medio de una soledad absoluta: un hombre más que moría en esa zona del país que no dejaba de arrojar cifras de violencia; además, por confundirlo con un militar. No podía ser peor. Los dos hombres guardaron el arma y le dijeron que era la primera advertencia, que debía irse de inmediato de Puerto Rico, sin decir nada sobre lo sucedido.

Él volvió a Florencia con sus sueños rotos, cabizbajo por el miedo sentía. Estando allí, la guerrilla volvió a interceptarlo, lo ubicó. Saliendo de la zona rosa de Florencia, a las 11 *p.m.*, unos sujetos lo abrazaron y le advirtieron que actuara como borracho; lo llevaron hacia un callejón y le pusieron una pistola en su estómago; Marino no podía creer que de nuevo su vida estaba a merced de estos sujetos. Le exigieron que se perdiera, que se fuera del Caquetá. Le advirtieron que no lo querían volver a ver “por esos lares”, que no le avisara ni a su familia. Marino, de nuevo, se vio enfrentado a esa realidad que no lo dejaba progresar y, cansado, pero decidido, emprendió su camino hacia la capital.

Pero ¿por qué las amenazas si Marino nunca hizo parte de las filas del Ejército?, ¿por qué donde quiera que él estaba la guerrilla lo reconocía? Mientras buscaba la respuesta, llegó a una hipótesis. Tiempo atrás, Marino había trabajado en el colegio Santa Helena, cerca de Florencia, ubicado en una zona con fuerte presencia de la guerrilla, tanto así que en una ocasión esta se tomó el colegio. Tras estos hechos, el Ejército decidió instalar una base militar dentro de la misma institución académica; así, la interacción de Marino con miembros del Ejército se volvió cercana. Él hacía favores como



permitir que utilizaran una oficina del colegio, de modo que la población veía a Marino como parte del grupo militar. Además, Marino fue tesorero de la institución educativa, manejaba los recursos; la guerrilla lo supo, en varias ocasiones le pidió dinero y él siempre se negó. Todo esto lo hacía indeseable en esta región. Fueron tres las veces en que sintió que su vida y la de su familia estaba en riesgo, así que pensó que con irse definitivamente del departamento encontraría paz y alivio, y de paso, aseguraría la tranquilidad de su familia. Pasó noches enteras sin poder dormir en calma, sentía como si alguien le respirara en la espalda, esperando que el sueño le ganara para atacar; así vivió Marino sus últimos días en Caquetá.

A mediados de octubre de 2004, una noche tomó rumbo hacia Bogotá. Él, con esa característica de ver una realidad positiva, se fue del departamento pensando que en una ciudad tan grande, “llena de oportunidades”, como Bogotá encontraría un empleo y todo finalmente mejoraría. Se bajó en la terminal de transportes del Salitre, ¡Qué fría estaba Bogotá ese día en el que llegó Marino! De la capital, él solo sabía que era grande, no conocía ni una calle, ni una dirección. Salió, tomó un taxi y le pidió al conductor que lo llevara a una residencia que fuera económica. Terminó en Chapinero, en la 51, donde el dinero se le fue en menos de tres días. Lo primero que hizo estando en la ciudad, fue dirigirse a una oficina de la personería para declarar los motivos que lo obligaron a salir de Florencia. De alguna manera sentía que todo se iba a solucionar con mayor prontitud. Sin embargo, con el paso de los días el dinero se fue acabando, hasta que no tuvo con qué pagar la residencia, donde terminó debiendo cincuenta mil pesos. Una tarde, cuando quiso entrar y sacar sus cosas, el dueño del establecimiento no le permitió llevarse ni siquiera su ropa.

Fue la primera noche que Marino pasó en las profundas y frías calles bogotanas. Caminó desde la residencia, bajó por toda la Caracas hasta el Centro, y deambuló por esta zona hasta el amanecer. Se topó solo con indiferencia. Al segundo día, con un hambre insoportable, decidió pedir dinero para reunir lo de un almuerzo. Cuando obtuvo el dinero para su comida, no podía pasar bocado al sentir el menosprecio de la gente, le daban una moneda solo para que se fuera; se asustaban cuando lo veían, pues



pensaban que los iba a robar. Nunca antes se imaginó estar en esa situación. Marino, paulatinamente, se convirtió en un habitante de calle. Si conseguía para la comida no tenía donde dormir, así que le tocaba buscar un puente que lo cubriera del sereno que golpea la piel en las noches capitalinas. En lo poco que lograba trabajar, era repartiendo volantes y vendiendo flores cerca de un cementerio. Acudía frecuentemente a la unidad de víctimas para revisar cómo iba su proceso y la respuesta, la misma: seguía en un estado de espera. Él no pedía ayuda económica, solo un trabajo.

Pasaron los meses y el rebusque diario se convertía en una tarea cada vez más tediosa, pero era sobrevivir o dejar que la urbe se lo tragara vivo. En ocasiones quería darse por vencido, sentía que llegaba al límite, pero se venía el amanecer y empezaban las tripas a rugir, la lucha era larga. Fueron meses eternos, en medio de una ciudad llena de gente donde él sentía la soledad más que nunca: llegó a Bogotá pesando 63 kilos y bajó a 39; tenía solo una muda de ropa; descansaba del frío cuidando la entrada de una casa de consumidores; casi no dormía y hubo días en que su único refugio posible era debajo de los puentes. Sin bañarse, cada vez se parecía menos al hombre positivo que había visto nacer y crecer el Huila; más que nunca extrañó esos momentos de niños, cuando sus desvelos se debían a una serpiente enrollada en una fruta.

Justo cuando creía que no había esperanzas, se encontró con la Unidad de Atención a Población Desplazada. Allí, una funcionaria de la Secretaría de Gobierno lo escuchó y se conmovió con la condición en la que estaba viviendo Marino: llevaba más de seis meses sin un techo y comidas estables, así que le brindó la ayuda de enviarlo a un hogar de paso. Él, como cualquiera en su posición, aceptó sin condiciones. Era un viernes, ya se acercaba la noche fría que tostaba la piel de aquellos que se atrevían a desafiarla, pero esta vez Marino no tendría que desafiar más a Bogotá: tenía un alojamiento y aunque sería temporal, por tres días; no pensaba en eso, solo quería dejar de sentir la indiferencia y hallar un poco de humanidad. Durante esos tres días, Marino madrugaba y cocinaba, hacía lo que le pedían, arreglaba y limpiaba. Su buen desempeño en la casa, el respeto y la confianza lo llevaron de estar tres días a permanecer allí seis meses.



Marino se ganó la amistad de quienes administraban esa casa, unos franciscanos que tiempo después decidieron ponerlo a cargo en el hogar de paso, y un día, como si nada, se fueron y jamás volvieron. De pronto se vio al frente de una casa en arriendo que albergaba en ese momento cerca de 20 personas, en su mayoría desplazados, y decidió luchar por construir un albergue para recibir a personas que, como él meses atrás, llegaban sin saber a dónde ir. Su propósito era abrir las puertas de un lugar que no condicionara la estadía, ni por el tiempo de hospedaje ni por la religión, en el cual brindar a estas personas, más que una ayuda alimenticia y un hogar de paso, una familia. Se fueron de aquella casa porque el arriendo era costoso, con lo que tenían en sus manos se trastearon a una casa que consiguieron en el municipio de Soacha, cerca de Bogotá.

Conseguir recursos para mantener la casa, a partir de ayudas de entes privados y gubernamentales, se volvió su prioridad. Tiempo después constituyó la Fundación Colombia Nuevos Horizontes, dándole así una razón social a su albergue. En el 2007, transcurridos dos años posteriores a su vivencia en las calles, Marino ya se encontraba estable y decidió contactar a su familia, a ese hijo que había dejado en tierras olvidadas por el Estado, y que anhelaba estar junto a su padre. Todo comenzaba a tomar otro color; esa oscuridad que atrapa almas en la soledad citadina parecía más un mal recuerdo que quedaba sepultado en su pasado, una pesadilla que quizá lo perseguirá por siempre, pero que él no dejará que lo vuelva a alcanzar, ni a él ni a quienes tengan la oportunidad de llegar a su fundación. El amor por ayudar a personas desplazadas se convertiría en su proyecto de vida.

Han sido muchos los desafíos que ha tenido que superar para mantener a flote la fundación. La muerte lo ha visitado en varias ocasiones, ya que a la casa llegan ancianos que dan su último respiro. Los problemas de convivencia y de subsistencia no faltan, pero Marino sigue luchando.

En el 2017, una década después, en medio de investigaciones sobre los procesos de resiliencia, sobre personas que podrían tener estas características en el municipio de Soacha, nos llegó el contacto de una fundación que recibía a personas en condición de desplazamiento, personas que no tenían donde vivir y la Unidad de Atención a Víctimas enviaba



a este lugar de paso. Buscamos un contacto para concertar una cita y saber un poco más sobre la labor que allí realizan. Nos contestó Franklin, amigo de vida de Marino y encargado de la fundación; logramos programar una cita para el 8 de julio. El día llegó, y un calor insoportable nos acompañó aquella mañana mientras caminábamos hacia la fundación, que se ubica en la comuna 4 del municipio. Franklin nos atendió y escuchó nuestra propuesta del documental web, nos informó que él no era el encargado, así que debía hablar con Marino, que vivía en Florencia.

Días después, en su visita rutinaria a la fundación, Marino llegó a Soacha. Franklin nos avisó y decidimos ir a hablar con él directamente. Fue el sábado 22 de julio. Anunciamos nuestra llegada y, efectivamente, como en otras oportunidades, un usuario de la casa nos abrió la puerta, nos invitó a seguir y, seguidamente, llamó a Marino, que se encontraba en el tercer piso. Nosotros esperamos en la sala, sentados en un sofá de cuero que todos en la casa usan para ver televisión. Marino bajó, nos recibió y, luego de su saludo, nos comentó que Franklin le había hablado de nosotros, del trabajo de investigación que estábamos realizando y de la propuesta que nos interesaba llevar a cabo en la fundación: talleres radiales con los usuarios para que la emisora institucional de la fundación retomara sus actividades y, además, que el producto de esos cursos formara parte del documental.

Nos dio su aprobación, no solo para realizar los talleres radiofónicos, sino para las entrevistas que nos permitieron obtener su relato de vida. Contar con su historia de superación, como afectado por la violencia, nos dio aún más confianza para seguir en la búsqueda de sobrevivientes. Al finalizar el tema de la radio —el cual, emocionado, nos contó que era su segunda pasión después de Colombia Nuevos Horizontes—, nos habló acerca de algunos elementos puntuales de su historia de vida. Nos contó donde nació, por qué fue una víctima del conflicto y cómo llegó a construir una fundación que ayuda a personas como él. Cuando contaba su historia, sin profundizar en detalles, notamos que Marino seguramente había superado el conflicto armado a través de la labor social, un mecanismo que le permitió sanar e ir más allá, ayudar a otros como él.



Nos despedimos, agradecemos por el tiempo y la ayuda en el proceso. Marino nos dijo que venía un fin de semana por cada mes, así que, en un mes exacto, tendríamos que volver con cámara, preguntas y ganas de escuchar su historia. El sentimiento fue refrescante, no por la clase de vivencias que acabábamos de oír, sino por comprobar que personas sobrevivientes del conflicto estaban haciendo trabajo comunitario, lo que nos parecía toda una peculiaridad: alguien que ha sido agraviado por la gente, por el Estado, por una guerrilla y que ha tenido fortaleza, no solo para sanar su herida sino, además, para ayudar a otros a hacerlo, era sublime.

En el mes de septiembre, exactamente el día 2, iniciamos el proceso de entrevista con Marino. Llegamos a la fundación con la cámara y un celular con audífonos para grabar el audio durante la entrevista. Días antes pensamos en los lugares que serían adecuados para capturar la esencia de la fundación. Él nos saludó, preguntó sobre las clases de radio que estábamos desarrollando con los usuarios, y después de una amistosa charla, mientras se arreglaba el espacio para la grabación, iniciamos la entrevista. Marino se puso frente a la cámara sin ningún tipo de nerviosismo, como usualmente ocurre con personas a quienes ya han grabado antes: nos mencionó que ya había ofrecido entrevistas, así que no le incomodaba.

La cámara empezó a captar la escena: un hombre de tez morena, con una camisa morada y un peinado juvenil, a punto de narrar no solo su pasado, sino su pensamiento y postura frente a temas relacionados con el conflicto. Le pedimos que diga su nombre completo, de dónde viene y la labor social que realiza con la Fundación Colombia Nuevos Horizontes. Marino contesta con voz firme pero pausada. Al fondo se observan las escaleras para subir al tercer piso de la fundación, con cuadros en las paredes que le dan cierto color al plano.

Luego de que terminara de describir su función como administrador de la fundación, le preguntamos cómo fue ese proceso de reparación para superar los estragos que había dejado la guerra en su vida. Respiró profundo, sacudió sus brazos y mencionó que el proceso se puede hacer de diferentes maneras, desde una situación particular de cada ser humano.



En su caso, asumió este momento difícil ayudando a los demás, esa fue la estrategia que utilizó para decantar ese sentimiento de tristeza y de dolor con el que cargaba.

Y es que, en la fundación, al entrar a esa casa enorme, se ven personas lavando, limpiando, cocinando; se puede apreciar el respeto mutuo, la gratitud hacia Marino. Mientras pasábamos a leer la siguiente pregunta, hicimos una pausa, ya que unos niños y sus padres iban a subir para una charla con Franklin. Marino, con una gran calma, se disculpó y decidimos continuar al instante. Le pedimos que nos contara si la labor que realiza en Colombia Nuevos Horizontes lo ha ayudado a superar cuestiones de su vida cotidiana. Él pensó antes de responder, respiró de nuevo, y afirmó que ayudar a las personas, lo hace feliz, que se siente satisfecho, útil e importante, con la posibilidad de generar en ellas oportunidades de vida; que permanecer cercano a las personas que están viviendo situaciones difíciles le permite, a raíz de su propio testimonio, decirles que la vida no se queda allí y que siempre hay más oportunidades. Además, resaltó que su propia historia de vida lo ha ayudado a sanar, a recuperar y a sentir que tenemos una misión en la vida.

Antes de la siguiente pregunta, decidimos darle a Marino un pequeño contexto, para no confundirlo. Le explicamos, el concepto de *resiliencia*, que se refiere a la habilidad del ser humano para sobreponerse a una situación traumática, a esa característica propia que detallaban los antiguos sobre el ave fénix, un animal que era capaz de renacer de sus propias cenizas. Frente a lo explicado, quisimos conocer si consideraba que poseía tal capacidad. No dudó en contestar que sí, que si bien no podía decirlo a través de un porcentaje, estaba seguro de que sí la poseía. Agregó que estar frente de la fundación durante once años le ha ayudado a superar muchas situaciones difíciles, que aprender a controlar esas emociones y aprender de ellas ha sido esencial. También, nos recordó que el mismo desplazamiento que vivió le enseñó a ver esa situación como la necesidad de tocar fondo, de sentir un ahogo insostenible, pero cuando se toca fondo es la oportunidad de ascender, y aceptó que es un proceso que realiza constantemente. Ante su respuesta, como periodistas, sentimos que íbamos por buen camino al



descubrir esta capacidad en Marino; pero como personas, surgieron expresiones de admiración que se escapaban al escuchar cómo una persona logra resistir tanto.

Y no podíamos detenernos sin saber cómo se refería él a este proceso desde lo cotidiano. Así que continuamos con la entrevista, precisamente al indagar cómo podía describir el término de resiliencia. Nos miró fijamente, y a través de una metáfora nos dio su respuesta:

Es como cuando uno va a saltar un muro, y tú dices: “no, pero no puedo, nunca lo he hecho”. El muro se te parece demasiado grande. Tú saltas y terminas en un momento de riesgo, lo tienes que saltar, cuando ya saltas ese muro te das cuenta que eres capaz. De esa manera yo interpreto la resiliencia.

“Así es la vida”, pensamos en ese momento, así es la vida de cualquiera que está en una lucha constante por levantarse después de perder una batalla. Además, nos reveló que, sin necesidad de una explicación extensa sobre procesos de sanación, de recuperación, de catarsis, los sobrevivientes del conflicto buscarán desde sus experiencias metáforas de vida y tratarán de aplicarlas para encontrar calma. Pero ¿será que Marino consideraba estar en un estado de calma? Esa fue la pregunta que planteamos en ese momento. Él manifestó que sí, que claramente hay cosas que lo llenan de incertidumbre, y nos hizo reflexionar sobre los pensamientos que tenemos sobre el futuro, de lo que sucederá mañana, y con voz sabia dijo que, poco a poco, ha aprendido a no pensar tanto en lo que sucederá: si se hacen las cosas bien, mañana será el producto de vivir bien el hoy y, con eso en mente, la calma ha llegado.

Un silencio intervino, apagamos la cámara y decidimos pasar a otro lugar de la casa para continuar con el registro audiovisual y hablar esta vez de su pasado. Marino sugirió hacerlo en el sofá de cuero, contra una pared verde y junto a un televisor. El viento soplaba por una de las grandes ventanas de la casa; encima del sofá y pegado a la pared, un pendón colgaba con el nombre y logo de Colombia Nuevos Horizontes. Marino se sentó, ubicamos el trípode, se cuadró la iluminación, y él empezó a narrar.



Mientras hablaba sobre sus vivencias, se notaba una nostalgia que invadía lentamente cada línea en su rostro, pero en contraste, su voz mostraba una seguridad y fuerza, lo cual nos hizo pensar que esta sería una historia triste con un final feliz.

Después nos llevó a un balcón desde el que se aprecian las montañas y las demás casas de la comuna cuatro de Soacha. Allí hablamos sobre su pensamiento respecto al conflicto y las víctimas, y sobre su postura frente al acuerdo de paz. Era importante conocer si Marino, un sobreviviente del conflicto armado, consideraba que las medidas que ha adelantado el Gobierno para incluir activamente en la sociedad a las víctimas han sido suficientes o, por el contrario, faltan más proyectos que las incorporen y no abran paso a la revictimización (un tema que él maneja bien por ser un líder comunitario). Al respecto, afirmó que falta mucho, que nunca estuvimos preparados para la guerra, e irónicamente, tampoco para la paz. Asimismo, aseguró que las víctimas nunca tuvieron la oportunidad de recibir una asistencia humanitaria que les permitiera construir un nuevo proyecto de vida. Y aclaró:

Eso hace que hoy en día existan personas que están viviendo situaciones muy difíciles; que están en la mendicidad; que cayeron en la delincuencia común, en las adicciones; que son madres cabezas de familia, a y que quizás no han podido superar esa situación difícil que les generó la violencia. El hecho de que el conflicto armado haya cesado porque se firmó un acuerdo, hoy la sociedad en general y el mismo Estado piensan que los desplazados mágicamente desaparecieron, y creo que estamos en un error. Es cuando más tenemos que comenzar a mirar que esas víctimas de la violencia están allí, que no han desaparecido.

Sobre el acuerdo de paz que se firmó con las Farc y el acuerdo que lentamente se adelanta con el ELN, Marino habló con cierta neutralidad. Mencionó que es una oportunidad que el país se tiene que dar; que cientos de colombianos no saben qué es vivir en paz, así que no puede afirmar que el acuerdo sea bueno o malo, pues desde hace décadas hemos escuchado



de grupos armados ilegales; pero es posible creer que este país puede ser mejor, y afirmó que lo que se vive hoy en zonas donde era imposible vivir, demuestra que los acuerdos han sido buenos. Marino, desde su perspectiva, ve un cambio en el lugar de donde tuvo que salir desplazado, pues se vive completamente distinto, ya no se ven amenazas ni muertos como años atrás.

Por otro lado, le preguntamos cuál era su percepción respecto al arte y la labor social como mecanismos que permiten a los sobrevivientes del conflicto superar la guerra y, además, empoderarse de sus relatos y formas de vida, ya que él había logrado realizar este proceso al canalizar su dolor por medio de ayudar a otros. Dijo que sí funcionan, pero depende de cómo se haga. Según él, en algunas ocasiones la labor social se convierte en asistencialista, cuando se entrega una ayuda económica a las personas, pero no se le da el trasfondo necesario a la acción y, no les enseña de dónde proviene esta ayuda, cómo se consiguió y que para recibirla también se debe colaborar, que no se trata de inspirar lástima, sino de demostrar que aunque estén en una situación difícil, quieren superarla. En ese momento, piensa Marino, la labor social cumple su efecto; de lo contrario, será un simple proceso de mendicidad.

Las anteriores preguntas se plantearon en medio de la investigación, en un esfuerzo por comprender la postura de Marino y de los demás participantes frente a un tema coyuntural, tanto político como social. Desde su realidad, se vislumbra el panorama que viven muchos sobrevivientes del conflicto en la actualidad: un Estado que no ha respondido por los daños causados y unos victimarios que no han hecho su mayor esfuerzo por esclarecer la verdad.

Para charlar un poco sobre su futuro, sus sueños y metas, quisimos ir a un lugar que fuera luminoso y representara un poco su labor. Nos llevó entonces a una puerta de vidrio que da a la terraza, y en el fondo había integrantes de la comunidad que habitan en su fundación, ahí decidimos hablar sobre su futuro. Después de conocer el pasado de Marino y lo que conforma su presente, quisimos saber cómo piensa que será su futuro,



cuáles son los sueños y metas que lo impulsan a continuar. Lo primero que dijo fue que era difícil hablar de su vida personal sin mencionar a la Fundación Colombia Nuevos Horizontes. Para él la fundación es la mejor herencia que le dejó el conflicto. Este hogar es su proyecto de vida:

Es algo con lo cual me voy a morir soñando siempre, porque a pesar de que el conflicto armado haya menguado hay otras problemáticas sociales que no cesan. Me visualizo viviendo muchos años más haciendo esta labor social con Fundación Colombia Nuevos Horizontes, trabajando por los demás, haciendo lo que más me gusta, porque creo que si lo dejo de hacer me sentiría inútil.

Nos sorprendió escuchar esa respuesta, pues los sueños y metas para la mayoría se fundamentan en el ego y no pasan del ambiente familiar, pero en este caso encontramos a alguien que está tan envuelto en su labor que no se ve haciendo algo distinto a crecer con su fundación y reflexionar, pues considera que una vida sin servir a los demás sería improductiva. Mientras continuábamos con la entrevista, se nos ocurrió hacer una pregunta que cada colombiano debería plantearse: en un país que ha permanecido en guerra, es natural que le cueste creer que la firma de un acuerdo para la terminación del conflicto armado con una guerrilla es el símbolo de una paz absoluta, cuando la esencia de la paz está en lo cotidiano; solo desde allí se construye la verdadera reconciliación. En este orden de ideas, ¿cuál es su aporte para la paz? Marino respondió de inmediato: *Mi aporte para la paz lo resumo en el eslogan de Colombia Nuevos Horizontes: nuestra mayor felicidad está en hacer felices a los demás.*

Felicidad, para él, es sinónimo de ayudar al otro, cualquiera que sea su base religiosa y política; el objetivo será cuidar a los suyos, en este caso, colombianos cuidando de colombianos, un país unido sosteniendo el dolor que pesa por siglos de guerras. No discutimos la respuesta, porque para Marino es su estilo de vida y es necesario que muchos más se decidan también hacer felices a los demás. El reloj marcaba la una de la tarde, apagamos la cámara, guardamos todo y le agradecemos por el tiempo que nos dedicó, por brindarnos su historia. Él, igualmente, nos dio las gracias por el proceso radial que adelantábamos con los usuarios de la fundación.



Salimos hacia la Autopista Sur. Mientras caminábamos hubo solo silencio, el relato claramente nos dejó muchas sensaciones, planteamientos sobre la importancia de ver la vida con valentía y responsabilidad. Marino al día siguiente volvió a Florencia, junto a su familia, ya que desde allí coordina la fundación y la emisora en línea Omega Stereo.

Meses después, tras encontrar los otros cuatro personajes —entre ellos Franklin, amigo de vida de Marino, que nos brindó también su relato—, mientras pasábamos los umbrales de lo digital, tratando de unir escenas y de trazar el camino de Marino, escuchamos de nuevo todo y cada palabra, pausa, duda, seguridad y nostalgia con que él impregnó su relato nos hacía creer que todo es posible, y que la vida no es más que una escuela de aprendizaje. Apenas terminamos el proceso de posproducción y montaje del documental, le enviamos el enlace para que entrara. Él estaba en el Florencia y nos contestó al día siguiente. Mencionó que el trabajo fue ético, responsable al mostrar su historia y que por siempre nos agradecía por ese proceso tan bonito en el que no solo lo incluimos a él sino a las personas que en aquel momento estaban en la fundación.

Así concluye esta historia, de un hombre que, tras dejar el hogar que tanto quería de niño, llegó a un departamento dividido por la violencia, en donde algunos años más tarde lo amenazaron por su labor educativa, por lo cual decidió desplazarse a Bogotá, creyendo que encontraría oportunidades, pero lo que halló fue indiferencia y soledad. Se derrumbó y llegó a vivir durante meses en las calles frías de la ciudad, sin comer ni dormir, y aun habiendo vivido todo esto, no se rindió y salió de la oscuridad, ascendió como el ave fénix de sus cenizas. Personas como Marino, le devuelven la esperanza a la sociedad, son ellas quienes con actos pequeños logran avivar su entorno. Posiblemente su historia no será una más. Su legado trascenderá a miles que adoptarán su lema: *La alegría de hacer felices a otros.*





Cecilia:

tejiendo paz, una puntada a la vez

Han transcurrido diez años luego de que en 2008 saliera a la luz uno de los escándalos más desgarradores en la historia violenta del país: los “falsos positivos”, como se le conoce comúnmente. El personero de Soacha en esa época, Luis Fernando Escobar, denunció el caso de 19 jóvenes del municipio y de Ciudad Bolívar que con falsas promesas de empleo fueron trasladados a varios puntos del país y presentados por el Ejército Nacional como dados de baja en combate. La razón: los miembros de esta institución que mostraran “buenos resultados” conseguirían incentivos económicos por parte del Gobierno. La guerra como negocio lucrativo donde el dolor y la angustia son inversiones rentables. Si bien esta práctica no era nueva —“ocurrió con fuerza entre 2002 y 2008” según Alberto Yepes, coordinador del Observatorio de Derechos Humanos de la Coordinación Colombia-Europa—, causó gran impacto cuando fue conocida masivamente a raíz de lo sucedido en Soacha; sin embargo, el mismo fenómeno se presentó en otras regiones del país.



En 2018 se conmemoran diez años de resistencia de las madres, hermanas, esposas e hijas de Soacha, un territorio que, al igual que ellas, se levanta, avanza y no baja la mirada. Mujeres que buscan verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición en un país donde apostarle a la paz y a la construcción de una mejor sociedad resulta ser un acto revolucionario. Mujeres que se convirtieron en las más grandes voceras del *no olvido*. Ellas nos recuerdan que mirar atrás es necesario para expurgar el dolor, empoderarse y evitar cometer antiguos errores. Mujeres que se negaron a callar cuando todos dieron la espalda e hicieron del miedo su consigna. Mujeres que demostraron que por sus seres queridos son capaces, incluso, de enfrentarse al Estado, no con los mismos mecanismos sino con el debate, la denuncia y píldoras para la memoria. Ellas, gestoras de esperanza, dadoras y defensoras de vida, continúan reivindicando la imagen de sus familiares, diciéndole al Gobierno Nacional que los recuerde y no los revictimice.

Una de ellas es Ana Cecilia Arenas Garzón, oriunda de Chiquinquirá (Boyacá), lugar con una fuerte presencia religiosa —allí se encuentra la Basílica de Nuestra Señora del Rosario—, quien llegó con su familia a Bogotá debido a la dura situación económica que vivía en ese momento: ya no había trabajo, costaba sobrevivir de la carpintería (oficio que ha pasado de generación en generación en la familia Arenas). Sin embargo, luego de un tiempo la situación se normalizó y decidieron instalarse en el municipio de Soacha. Arenas integra el colectivo Mafapo (Madres de los Falsos Positivos de Soacha y Bogotá) que busca esclarecer los hechos que envuelven este caso, con el propósito de combatir la impunidad del Estado y la indiferencia del pueblo colombiano. Realiza actividades pedagógicas en torno a la memoria y desde hace cinco años forma parte del Costurero de la Memoria Kilómetros de Vida, que reúne a diferentes sobrevivientes del conflicto armado.

Mientras llevábamos a cabo la selección de los personajes que hoy integran el documental, siempre fue importante para nosotros contar con la participación de uno de los símbolos de resiliencia más representativos



de Soacha, en cuanto a superación del conflicto se refiere. *Caminos de resiliencia* no estaría completo sin el testimonio de fortaleza que estas mujeres han transmitido durante una década. Ya teníamos el número de contacto de Cecilia, así que a mitad del proceso decidimos comunicarnos con ella. Nuestra relación con este asunto se dio como con la mayoría, a través de la información que conocimos por los medios: titulares indignantes, rostros en búsqueda de respuestas, palabras de madres que le exigían al Gobierno una explicación, con una entereza que nunca ha desaparecido. Ese elemento fue el más destacado, pues pensábamos que si alguna vez se daba la oportunidad de hacer un trabajo periodístico sobre el tema, su habilidad para sobreponerse tendría gran trascendencia, más allá del panorama revictimizante.

El encuentro acordado se dio en una modesta y acogedora casa naranja, donde se observaba un letrero de “Se hace toda clase de costuras”. La labor que Cecilia realiza con sus manos todos los jueves en el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación no solo le ayudó a expurgar y sanar su dolor, sino que es su fuente de ingresos. Nos recibió una mujer de tez blanca y cabello rojizo, con una sonrisa y gran amabilidad, que desde el primer saludo nos brindó un ambiente cálido y maternal. La recordábamos, así ella no nos conociera: la habíamos visto en múltiples entrevistas, pues es uno de los rostros más sobresalientes de esta lucha. También un perro, que la cuida fielmente, nos dio la bienvenida. Al ingresar a la sala, un pequeño cuarto, nos llamó la atención el montón de recuerdos que allí alberga; unos atestados en las paredes, otros en una repisa y los demás convertidos en arte.

Al echar un vistazo notamos que la casa de Cecilia está cargada de símbolos, tesoros, fotografías que guardan un capítulo de la historia de su vida; algunos dolorosos, otros, más gratificantes, pero con un lugar importante en su memoria. Su sala es su baúl, no tan secreto, donde cada experiencia se transforma en un objeto palpable que perdura en el tiempo. Atesora imágenes de los seres que se fueron, amigos cercanos, familiares



y compañeras de batalla. El recuerdo que más sobresale y nos llamó la atención es un retrato pintado a mano con la imagen de un joven llamado Mario Alexander Arenas Garzón, hermano de Cecilia que fue asesinado por miembros del Ejército Nacional y presentado como guerrillero dado de baja en combate. La pintura fue el resultado de una toma artística que realizaron en el parque de Soacha hace ya varios años. Allí, por medio de una plantilla, le daban color a su obra, expresando sus emociones más profundas.

En medio de esta atmósfera de símbolos se encuentran sus diplomas y reconocimientos que ha recibido por su labor como líder social y defensora de derechos humanos, los cuales expone con orgullo, todos enmarcados. Al notar que nuestra mirada se detuvo en los certificados, afirmó con gran satisfacción que nunca pensó obtenerlos y, mucho menos, llegar a dar charlas en colegios y universidades. Es una persona hecha a pulso. El oficio de su familia la llevó a convertirse en artesana de su propia vida. Su máquina de coser, instalada en una esquina; algunos folletos sobre conflicto y paz en una mesa ubicada en la mitad de la sala, y dos cuadros tejidos por ella misma, son las piezas que encierran toda esta resistencia civil creada por Cecilia.

En ese momento platicamos sobre la razón que nos llevó a su hogar: nuestro proyecto de investigación, con el cual buscábamos visibilizar los procesos de superación de cinco personajes del municipio que vivieron de forma cercana el conflicto armado nacional, que fueron más allá del desconcierto al transformarse, sin planearlo, en líderes sociales, y que empezaron a construir en sus comunidades el país que sueñan. No nos enfocáramos en el hecho victimizante porque ese aspecto era el que menos nos interesaba. Al enterarse de nuestro propósito, ella asintió y pronunció una frase que nos indicó que íbamos por buen camino: *“Yo fui víctima, pero ahora soy sobreviviente”*. Afirmaciones similares escuchamos de los demás protagonistas.



Así terminó nuestra conversación: ella, aceptando ser parte de esta idea de dos comunicadores novatos que, con la mayor pasión y responsabilidad, esperaban corresponder a la confianza brindada. Cecilia nunca se enteró de la alegría que nos invadió esa tarde ni de la satisfacción con la que subimos al bus de siempre: esta vez, durante el viaje teníamos una sensación diferente. El equipo de *Caminos de resiliencia* estaba completo; como no íbamos a tener entonces una gran sonrisa. Los cinco personajes que representan la fortaleza, la entrega, el servicio, la esperanza y el amor de todo un municipio y de un grupo social que ha resistido como ningún otro le apostaron a nuestro proyecto, decidieron creer y vieron en nosotros una oportunidad. Siempre agradeceremos a todos y cada uno por este acto de fe.

El siguiente encuentro ocurrió en el mismo lugar. Cecilia nos acogió en su casa nuevamente para empezar a conocerla un poco más y adentrarnos en su historia. Le mostramos las preguntas que hacían referencia a su pasado y le planteamos que, si no estaba de acuerdo con alguna era mejor evitarla, pues quién mejor que ella para decidir qué contar y cómo hacerlo. No le vio ningún problema. Nuestro propósito fue abordar el asunto de la manera más ética posible. Esta sesión ya era difícil porque escudriñábamos sobre el hecho violento, ¿para qué, entonces, reavivar viejas heridas con interrogantes sustentados en el morbo y la tristeza, cuando de esa información está plagada la mayoría de noticias que vemos a diario? Los únicos testigos del relato completo seríamos nosotros y nuestra cámara, compañera incondicional en toda esta travesía.

“Yo viví el conflicto armado de una forma muy dura, de impunidad y tristeza. No me duele decirlo, en un tiempo me dolía y me daba pena hablarlo...”. Así inició su relato. Álex, su hermano, tenía 32 años cuando desapareció, el 2 de enero de 2008. Se dirigía a casa de su madre, ubicada en el barrio Quirigua, pero nunca llegó. Seis meses después, gracias a un servicio social en la emisora Radio Furatena de Chiquinquirá, donde anunciaban:



“El señor Rogelio Arenas o la señora Cecilia Garzón deben presentarse en medicina legal de Bucaramanga para el probable reconocimiento del cuerpo de su hijo”, tuvieron noticias del menor de los Arenas. Su madre, en compañía de sus hermanos, se dirigió entonces a Santander, pero nunca les dieron información; cierto misterio rondaba en el ambiente. Luego, al ir a la Fiscalía se dieron cuenta de que había paro judicial y que nada podrían solucionarles en ese momento. La situación les pareció bastante extraña y regresaron.

Cecilia, junto con su mamá, escribió una serie de cartas a la Personería y a la Defensoría del Pueblo pidiendo ayuda para traer el cuerpo de Alexander. En esta última, aceptaron la petición, pero les advirtieron que él había muerto en un enfrentamiento armado y que, por esta razón, era necesario que se dirigieran nuevamente a Bucaramanga con un abogado. Fue él quien les comentó que había cuatro casos más de jóvenes de Soacha muertos en esa zona.

El 16 de diciembre Cecilia viajó sola y se dirigió a la Fiscalía, que curiosamente se encontraba en un batallón militar, pero a su abogado no lo dejaron entrar. Mientras hablaba allí con “la doctora” [así la llama] que la atendió se empezó a dar cuenta de cosas que no encajaban. Por ejemplo, ella le dijo con total seguridad que Álex era un guerrillero y que había muerto en combate; no obstante, manifestaba que él estaba solo y no había apretado el gatillo. Luego, le enseñó una foto donde aparecía una mesa larga con gran cantidad de armamento. La mujer le hizo una serie de preguntas: “¿Conoce el nombre y marca de esta arma? ¿Sabe si la imagen corresponde a una granada? ¿Por qué tiene conocimiento de qué este es un rifle?” Cecilia, ingenuamente, respondió que las había visto en películas: el cine de guerra es su favorito. “¿Cómo usted puede justificar que el camuflado del ejército es pesado?” Ella, en su trabajo como costurera, había hecho arreglos de ese tipo de prendas. Ya algo incomoda, Arenas también la interroga: “¿Usted por qué me está preguntando todo eso?”, a lo que la funcionaria respondió: “Su hermano, según le comentaba, tenía



en su poder ese equipo militar”. Al relatar esto, Cecilia nos mostró cómo en ese momento se agarró la cabeza sorprendida: era impactante que cargara tal cantidad de armas.

Luego ella le dijo que Álex había muerto “de un *pepazo* en la espalda, a menos de 50 centímetros, que le reventó en la mejilla”. Mientras escuchaba, Cecilia aterrada medía con su brazo cuánta era la distancia y cuestionó a la mujer que le hablaba: “¿Un combate, a menos de 50 centímetros, un disparo? Doctora, perdón si sueno grosera, pero ¿esto es un combate?”. Finalmente, la mujer le presentó a Cecilia la última imagen, en la cual lo reconoció: ¡era Álex, su hermano! Esta noticia la conmocionó, pero mostrar debilidad no era una opción; le había prometido a su madre que no regresaría sin el cuerpo de su hermano, y ese pacto no iba a incumplirlo. Cuando volvió de sus pensamientos escuchó una pregunta más punzante que el interrogatorio anterior: “¿A ti no te enseñaron que los muertos se dejan descansar en paz?”.

Con la fuerza que fue recogiendo durante la conversación, sin dudarle, afirmó que para que verdaderamente descansaran tranquilos, ellos debían estar cerca de su familia. Esta vez no recibió una confrontación, recuerda que “la doctora” se levantó de su asiento e hizo una llamada; nunca supo quién estaba del otro lado. Finalmente, cuando regresó, le dijo que podía llevarse el cuerpo. Alexander retornó a casa el 18 de diciembre; le dieron cristiana sepultura tiempo después. De las Madres de Soacha, Cecilia fue la última en traer a su ser querido. Nos comentó que se le quedaron muchas dudas en el aire, porque para “la doctora” cada cuestionamiento siempre fue “reserva del sumario”.

Cuando llegó a Soacha investigó y lo que sospechaba era cierto: su hermano, como los otros 19 jóvenes del municipio, había sido víctima de una práctica que venía realizándose en el Ejército, pues como lo señala Alberto Yepes, coordinador del Observatorio de Derechos Humanos de la Coordinación Colombia-Europa-Estados Unidos (CCEEU): “Lo que sucedió



en Soacha sacó a la luz el escándalo, solo fue la punta iceberg”. Para aquella época le presentaron a Fernando Escobar, personero del municipio, quien dio a conocer el hecho, y fue allí en la Personería donde conoció a las demás Madres de Soacha. Cuando expuso su caso, notó que ellas tenían el mismo problema: una por una fueron relatando su experiencia, la forma cómo se los llevaron era un patrón que se repetía. Todos buscaban una oportunidad de empleo, mejorar sus ingresos para así colaborar con algunos gastos en casa.

Para relatar lo que sucedió nos mostró una colcha de retazos que tejió con sus propias manos. En ella se lograba apreciar los hechos que envolvieron la ejecución de su hermano. Era una tela grande que recreaba un día de campo con cuatro nubes en el cielo, árboles, algunas palmas, un extenso paisaje verde, una casa encima de la montaña y flores de colores puestas en lugares estratégicos. Más abajo, un penoso cuadro: cinco personajes que visten camuflado rodean a un hombre que se encuentra en el piso; cada uno de ellos cumple una función dentro de este universo. Cecilia nos fue narrando la historia mientras señalaba a quienes desarrollaron la acción: dos hombres realizan labores de vigilancia, uno en cada esquina; en el centro, un individuo de piel oscura observa al sujeto sin rostro del suelo, que está a medio vestir con un pantalón camuflado y algo de armamento; otro hombre le está poniendo unas botas negras. Una gran cruz con la foto y el nombre completo de Mario Alexander sellan la obra artística.

Junto con su madre, doña Cecilia Garzón, apenas se enteraron de lo ocurrido se propusieron limpiar el nombre de su querido Álex. Su mamá, hasta el último suspiro, luchó por la justicia en el caso de su hijo; sin embargo, no pudo verla materializada, ya que desafortunadamente falleció en el 2013. Cecilia, hija, lleva al hombro esta responsabilidad que ha cumplido de forma heroica, porque en un país donde la impunidad es constante, aquellos que apuestan por la verdad deben ser considerados héroes. El juicio duró solamente un año y quienes cometieron el crimen se vieron obligados a confesarlo; por esa razón, su condena fue de tres años,



de los cuales, sin embargo, pagaron tan solo año y medio por diferentes causas: confesión, trabajo social y por estar activos. El caso fue declarado de lesa humanidad en crimen confesado. En ese momento Cecilia nos dijo:

Si yo hubiera sabido que tenía derechos habría sacado adelante la muerte de mi papá y de mi hijo. Fue con la muerte de mi hermano que empecé a conocer gente y a darme cuenta cómo habían sido violados mis derechos.

Mario Alexander Arenas Garzón tendría 42 años actualmente. Fue un hombre que sentía gran devoción por su mamá, por eso siempre vivió con ella, aunque se trasladaba constantemente a la casa de su hermana, quien lo acogía de la misma forma. Cecilia recuerda que le decían el chico “bon brill” porque nunca abandonó el hogar de sus padres, pues se resistió a independizarse. Alexander le ayudaba a cuidar a sus hijos, jugaba con ellos e incluso se guardaban secretos. Por eso su esposo le colaboraba con los zapatos y cuadernos: *“Nosotros no queríamos que lo que vivimos en un tiempo, de no tener qué comer, se repitiera con Álex; le metíamos la ficha para darle lo que quisiera”*. Esta fue una de tantas anécdotas que Cecilia recordaba con inmenso cariño.

Su proceso de resiliencia inició años después, cuando, por iniciativa propia y gracias a su vinculación en diversas actividades enfocadas a preservar la memoria, decidió otorgarle a la tristeza características sanadoras. La nostalgia puede ser un elemento positivo si se convierte en una excusa para superar e ir más allá de la pasividad. Confiesa que decidió dar el primer paso cuando notó que si continuaba lamentándose por la tragedia no solucionaría el problema, o por lo menos no lo intentaría. El caso de su hermano no era lo único con lo que debía lidiar: la enfermedad de su esposo también era una situación que la aquejaba. Sin embargo, se dijo a sí misma que debía hacer algo. No podía cambiar el pasado, eso era un hecho; pero sí estaba en sus manos construir un presente formidable que le permitiera sentar bases para el futuro. Al preguntarle de dónde le



venía y le viene aún esa fuerza para seguir adelante, comentó que no lo sabe con certeza, que un proceso de superación (así definió la resiliencia) es un acontecimiento que solo se vive y ya nunca termina.

Fue en ese instante cuando decidió trabajar con la Personería de Soacha, que le abrió a ella y a las demás Madres de Soacha un espacio en colegios e instituciones de educación superior para compartir con más personas sus testimonios de vida; siempre teniendo como lema que si bien fueron víctimas, ahora son sobrevivientes. Ser sobreviviente habla de un individuo que, como Cecilia, tuvo la capacidad de sobreponerse a un pasado adverso y hoy desarrolla su proyecto de vida; implica un ejercicio de reconocimiento, liderazgo y empoderamiento, como el que ella comenzaba en aquel momento. En las múltiples charlas se han encontrado con que así como hay jóvenes que les prestan atención, también hay otros que son totalmente indiferentes. Una década de conferencias les han dejado un sinnúmero de anécdotas, entre las cuales la más significativa para Cecilia fue en un colegio donde los alumnos en su mayoría eran hijos de militares y, por lo tanto, no tenían conocimiento sobre las ejecuciones extrajudiciales:

Cuando nosotras empezamos a explicarles qué era lo que había sucedido, encontramos un niño que lloraba y nos decía: “No, eso no es cierto, los militares no hacemos eso. Mi familia es de militares”. ¡Él nos hablaba con una histeria! Yo recuerdo que no pude hacer nada, los profesores sacaron al niño y le hablaron. A la media hora volvió, me abrazó y me dijo: “Lo siento mucho, pero no sabía qué eran los falsos positivos”.

La labor que las Madres de Soacha han desarrollado en torno a la memoria les valió, en el 2012, el premio de “Constructoras de Paz”, otorgado por el Instituto Catalán Internacional de la Paz (ICIP). Cinco integrantes del colectivo recibieron el galardón que exaltó el trabajo de 21 familias que son un referente mundial en la lucha por la defensa de los derechos humanos y la búsqueda de la verdad en el caso de los “falsos positivos”. Su coraje y persistencia por dar testimonio frente a estas prácticas



y su aporte para la construcción de una paz que reivindique la imagen de los sobrevivientes, fueron algunas de las razones que les permitieron obtener este galardón.

Uno de los reconocimientos más recientes fue el “Everyday Heroine Award Grant”, en el año 2017, por una serie fotográfica del cartagenero Carlos Saavedra llamada *Madres Terra*, que fue expuesta en Londres. Allí Cecilia y varias mujeres luchadoras incansables por mantener viva la memoria de sus seres queridos fueron enterradas, como símbolo de un nuevo nacimiento. El premio destaca el trabajo de quienes tras el lente retratan a esas heroínas anónimas que día a día contribuyen al mejoramiento de sus comunidades. Ellas, cómo lo diría el escritor Eduardo Galeano, son la muestra de que “gente pequeña en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas pueden cambiar el mundo”. Arenas nos comenta que esta experiencia fue catártica porque le dio otro significado al acto de enterrar, muy relacionado con la muerte. La finalidad era mostrar su renacer de las cenizas y el vínculo de la tierra con el hecho de dar vida.

La siguiente sesión de entrevistas se dio en el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, un lugar bastante significativo en la historia resiliente de Ana Cecilia: allí teje desde hace cinco años sus colchas de la memoria. Nuestras expectativas frente a este nuevo diálogo eran cada vez más grandes, pues conoceríamos de primera mano la labor social que Cecilia aun hoy realiza y a los demás sobrevivientes del conflicto (sus compañeros) que, como ella, bordan sus experiencias y le ganan la batalla al olvido. También estábamos ilusionados con conocer este espacio, ubicado en el centro de la ciudad, que promueve actividades de memoria histórica y, a través de sus talleres, aporta a la reparación simbólica de esta población y busca su reconocimiento como agentes importantes para la reconciliación nacional.

Entrar al Centro de Memoria, Paz y Reconciliación es ingresar a un poema físico a la remembranza. Si bien nos dio una fuerte sacudida porque evoca notoriamente esos capítulos dolorosos de la historia colombiana, entendiendo el horror desde un enfoque constructivo, también invita a



echar un vistazo a las fallas cometidas para que en el presente y el futuro no vuelvan a suceder. Su infraestructura llamó bastante nuestra atención: un enorme muro con unas ventanas pequeñas que dejaban algunos visos de luces fue lo primero que observamos. Los espejos de agua, ubicados en cada extremo, dan un aire tranquilo al cuadro y es difícil pensar que debajo de ellos se encuentren los salones de exposición, las aulas, el centro de documentación, las salas de reunión y el auditorio.

Cuando descendimos por las escaleras que separaban los espejos de agua, fue si como si estuviéramos ingresando a esas realidades que están inmersas allí, pero que aún desconocemos. Este es un lugar de reflexión, por lo que el silencio estaba presente de forma constante; sin embargo, dos horas después de nuestra llegada se empezó a escuchar ruido: era jueves, día en que el Costurero de la Memoria Kilómetros de Vida” llevaría a cabo uno de sus talleres académicos. Mientras, observábamos cómo se desarrollaba la jornada, en la otra sala una mujer afrodescendiente interpretaba un canto tradicional en el que narraba sus experiencias en medio del conflicto y su testimonio de superación.

Pudimos tener, entonces, un momento a solas con Cecilia y le presentamos nuevamente las preguntas que íbamos a plantear durante la sesión, con las cuales estuvo de acuerdo. Claramente, estando allí, debíamos iniciar hablando del costurero. Este proyecto, según nos comentó, reúne a diferentes sobrevivientes del conflicto armado alrededor del tejido: ellos, cargados de hilo y aguja, tejen la paz. El 28 de septiembre de 2017 el Costurero de la Memoria se trasladó a la Plaza de Bolívar, donde expusieron parte de sus obras y compartieron con transeúntes sus historias de vida. Estos reconocieron la importancia de su labor en la sociedad. Sin embargo, no era su primera edición, pues el Costurero de la Memoria al aire libre es un evento que ya han venido realizando. Arenas recordó que en este mismo escenario, pero en el 2016, cubrieron con telares el Palacio de Justicia para rechazar la impunidad. Fueron necesarios 520 metros de tela para rodearlo. En ellos narraban los múltiples relatos que el conflicto ha dejado a lo largo de la geografía nacional.



El trabajo manual le ayudó a sanar y a dejar atrás el rencor, porque hubo una época en que el odio se instaló en su corazón y cada vez que observaba o se topaba con un soldado un desprecio incontrolable la dominaba. Le tomó tiempo darse cuenta de que no todos los miembros de esta institución eran iguales, y de que generalizar, como en un momento lo hicieron con su hermano, era un error que no valía la pena repetir. Ella aprendió a perdonar. No niega que fue un proceso doloroso, pero ahora se siente más tranquila. En su caso, pudo obtener justicia y verdad, ahora “seguimos con la no repetición, estamos trabajando en ella” mencionó en un tono esperanzador que nos invadió.

Cecilia le guarda cariño y gratitud especial al costurero, pues le debe buena parte de su proceso resiliente, por eso continúa asistiendo, sin falta, cada jueves. Ella no solo confecciona telares, también, junto a sus compañeras, diseña delantales, faldas e incluso zapatos, los cuales se exponen en el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación. Sigue visitando colegios y universidades, dando a conocer la labor que con las Madres de Soacha viene realizando desde hace una década. Para estas hermanas, madres y esposas es fundamental visibilizar lo ocurrido porque, como lo afirma: *“sin memoria no se vive. Si olvidamos, ¿qué le vamos a dejar a nuestros nietos, bisnietos y al mundo entero?”*. Respecto a su postura sobre el proceso de paz que se firmó con las Farc, dice que le apuesta a la paz porque ya lloró a sus familiares a causa de la violencia, pero reconoce que no hubo participación para todos los sobrevivientes, el caso de los “falsos positivos” en las negociaciones no tuvo mayor relevancia.

Ana Cecilia Arenas Garzón sabe, con total seguridad, que continuará trabajando en pro de la memoria. Esa ha sido su lucha desde cuando le prometió a su madre que no descansaría hasta descubrir la verdad sobre el caso de hermano. Sueña con ver una paz completa, con que no existan más falsos positivos, que la justicia no sea solo una utopía, que la verdad sea una práctica cotidiana y ninguna madre entierre a sus hijos por causas violentas. Cree en las segundas oportunidades, por eso considera que dar facilidades de empleo a quienes se desmovilizaron también es una forma de aportar a la reconciliación nacional, una tarea que recae en todos los miembros de una sociedad.



La lucha de las Madres de Soacha es un símbolo de la importancia de las mujeres en la construcción paz. Ya lo dijo la ministra de Estado de los Recursos Hídricos de la República de Uganda cuando, en la Cumbre Nacional Mujeres y Paz (2013), le preguntaron sobre el papel de la mujer en un proceso de posconflicto: “Cuando la mujer interviene en la resolución de un conflicto ayuda a mantener a la familia unida. Aporta su trabajo para la solución de problemas educativos, sociales y de desarrollo económico”. Esto se convierte en una realidad al observar la labor titánica que estas mujeres, de forma ejemplar, han desarrollado. El anterior relato, sin pretenderlo, fue un homenaje a diez años de resistencia. Estas mujeres demostraron que la valentía de las madres colombianas puede llegar a ser más fuerte que la de un Estado.





Franklin:

comunidad y esperanza

Florencia, capital del departamento del Caquetá, se ubica en el piedemonte de la cordillera oriental; su clima es cálido y su ambiente fresco, debido a los ríos que corren con fuerza por su tierra, y los paisajes verdes resaltan su riqueza natural. Caquetá, por su ubicación estratégica y política, ha sido la cuna del bloque sur de las Farc. Allí, durante más de medio siglo, la violencia ha prevalecido. Entre los años 80 y 90 del siglo XX, tras el auge del narcotráfico, las guerrillas aumentaron su control y su financiación en la zona, mientras miles de ciudadanos seguían luchando con un Estado que los había olvidado. Franklin García disfrutó su infancia en esta región y recuerda que los viernes, sábados y domingos, como era habitual en las veredas, se hacía el “paseo de olla”: mamás, papás, tías, tíos, hermanas, sobrinos, nietos... toda la familia disfrutaba de un almuerzo casero a orillas del río Hacha.

Los hombres iban a recoger la madera seca para prender la hoguera, mientras las mujeres alistaban la comida y vigilaban a los niños. Una olla quemada y de gran tamaño era la preferida por las abuelas para preparar un buen sancocho de gallina; alcanzaba para todos. Mientras los adultos compartían, comían y bebían, Franklin, sus hermanos, primos y amigos, buscaban neumáticos de llanta para inflarlos, meterlos al río y bajar por las rápidas corrientes montados en el inflable casero. Muchos, en medio de juegos en el río, salieron con sus tobillos y muñecas tronchados, otros llegaron a fracturarse algún hueso, pero así transcurría esa niñez inocente y los huesos no importaban tanto como el regaño de mamá.

En Florencia, conocida como la Puerta de Oro de la Amazonia Colombiana, cuando el río se crecía por la temporada de lluvias, los niveles de agua aumentaban de un día para otro, así que Franklin y sus amigos aprovechaban estas súbitas crecientes, se escapaban y jugaban en el río todas las tardes. También recuerda que, a pesar de la presencia guerrillera, caminar por las noches o jugar fútbol hasta tarde no era riesgoso para él y sus amigos. Las personas hablaban unas con otras, sus vecinos no eran solo los habitantes del vecindario, sino que a cada lugar donde él iba encontraba rostros conocidos y personas amables que generaban en él aprecio por su lugar de origen. Y así pasó su infancia, rodeado por el amor de una familia unida, en un entorno que poco a poco iría mostrando más su rostro implacable.

Franklin estudió en el Colegio Santa Helena, ubicado a pocos minutos de Florencia. Allí conoció a Marino Rivera, que en aquella época trabajaba en esa institución, mientras Franklin se desempeñaba como personero. Así, llegaron a compartir tiempo académico, y Franklin comenzaba admirar a Marino. La labor que este desarrollaba en su colegio, así como el interés por la radio, llamaron su atención y por ello trataba de aprender muchas de las cualidades que Marino transmitía. Tras un intento de la guerrilla por tomarse el colegio, y la consiguiente instalación de bases militares en el terreno, el colegio fue trasladado a otro sitio, y Marino se trasladó hacia el municipio de Puerto Rico (Caquetá), mientras que Franklin se quedó y continuó con sus estudios.



Meses después, Franklin iba caminando por la acera y al pasar frente a un pequeño bar donde unos sujetos compartían, ellos lo miraron y de inmediato le hicieron una señal, y con cerveza en mano, lo invitaron a acompañarlos. Él se acercó, recibió la cerveza, tomó un gran trago y agradeció. Uno de los sujetos, vestido de civil, le expuso que todos los presentes eran de las Farc, que estaban buscando jóvenes como él y le hizo una oferta. Aunque Franklin no se alarmó, en ese entonces vivía junto a su familia una situación económica difícil, así que las necesidades que lo rodeaban le jugaban en contra, sentía desespero y angustia. El guerrillero le prometió dinero frecuente y una vida donde nunca le faltaría. Franklin dudaba acerca de irse con ellos o no; sentía que si se ingresaba a las filas de la guerrilla su vida podría cambiar. Dijo “no”, trataría de sobrellevar las necesidades y dificultades que vivía, pero nunca caería al juego de la guerra, pues sabía que allí no encontraría una salida, sino la muerte. Los guerrilleros se molestaron y lo amenazaron con obligarlo a irse con ellos. Franklin salió corriendo y llegó a su casa; no discutió lo sucedido con nadie, prefirió callar y olvidar.

Al terminar el colegio, se fue a prestar el servicio militar, ya que en una zona como en la que vivía era obligatorio. Estando allí, manejando armas y aprendiendo como sobrevivir a un combate, quiso salirse: eso no era lo suyo, su vida no estaba en la guerra, su aporte no estaba en combatir la violencia con más violencia. Tomó la decisión de retirarse del ejército y, como tiempo atrás había recibido amenazas de enlistarlo por la fuerza en la guerrilla, ahora que sabían de su paso por el Ejército, su vida podría estar en riesgo si se quedaba a vivir en Florencia; así que su familia lo ayudó para que se fuera a Bogotá. El miedo tanto a la guerrilla que le ofreció el cielo y la tierra, cuando la realidad era distinta, como a un Ejército que reprimió su pensamiento social al obligarlo a llevar un arma y llenarlo de intranquilidad, lo hizo vulnerable en la tierra que lo vio nacer; aquella que le proporcionó tantas alegrías, que le enseñó a leer y escribir, a pensar de manera crítica frente a su entorno.

Cuando llegó a Bogotá, tuvo suerte de empezar a trabajar en diferentes fundaciones. En una de ellas le pidieron que se encargara durante dos semanas del cuidado de unos niños en el municipio de Madrid, cerca de la



capital. Allí pasó seis meses. Una mañana, Franklin llamó a su mamá, que seguía en Florencia, para saber cómo iban las cosas allá y ella le dijo que todo estaba bien, pero que tenía noticias de Marino; le comentó que estaba en Bogotá, en una fundación, y que su situación no era la mejor. Franklin de inmediato buscó el número de la fundación y lo llamó. Al poco tiempo se vieron. Le costó reconocer a Marino, pues había bajado mucho de peso y era difícil creer que era el mismo hombre que conoció en Florencia. Desde ese momento su amistad trascendería.

Al poco tiempo de su reencuentro, Marino le comentó a Franklin sobre lo sucedido con la fundación donde se encontraba y que necesitaba de una mano para levantar esta obra social. Él comenzó yendo por días apoyar la fundación y terminó involucrándose tanto que al final se convirtió en su sueño. En el 2008, llegaron a Soacha, precisamente al barrio Santa Helena, a una nueva casa que les arrendaron para iniciar el proyecto, y lo que encontraron fue un barrio que los rechazó desde el primer momento. La lucha por mantener a flote Colombia Nuevos Horizontes sería larga; pero lograron sortear las dificultades y levantar esta fundación que hoy tanto representa para la comunidad. Aunque su intención inicial era colaborar allí durante unos meses, estos se convirtieron en años. Logró estudiar y graduarse como tecnólogo en recursos humanos, y se convirtió en líder comunitario del barrio.

En medio de la investigación, el 8 de julio de 2017, nos topamos con Fundación Colombia Nuevos Horizontes. Horas antes habíamos coordinado una cita con Franklin. Llegamos a una casa esquinera que se destacaba entre las demás. Cuando timbramos para anunciar nuestra llegada, dos niños y una señora se asomaron por la ventana. Al informarles a qué veníamos, ella nos abrió la puerta. Lo primero que observamos al entrar fue una gran sala, un afiche grande a medio colgar con el nombre de la fundación y un sofá de cuero, en el que amablemente nos pidieron que nos sentáramos y esperáramos. El olor a comida casera era notorio en el ambiente: se alistaban para almorzar. Por las escaleras, ubicadas en la mitad de la sala, bajó Franklin y nos saludó. De alguna manera, nos sentimos protegidos, pues su presencia evoca la de un hermano mayor, y



sentimos cierta fuerza de mando en su voz cuando se dirigió a nosotros. Nos pidió que subiéramos al tercer piso a esperarlo y eso hicimos. Mientras subíamos del primer piso al segundo, observamos una gran mesa blanca de plástico. Justo al lado la cocina, todos los asistentes veían un televisor pequeño colgado en la parte superior de una columna. Saludamos a todos los presentes y, sin entrometernos más, seguimos al tercer piso. Allí, una pequeña pero cálida sala nos esperaba.

Pasaron cinco minutos y escuchamos a Franklin subir. Él ya conocía algunos detalles sobre nuestro propósito. Empezó su discurso contándonos sobre la ardua tarea que es mantener una fundación y cómo, después de tantos años al servicio de una causa social, en este momento empezaba a ver que todo marchaba sin mayores inconvenientes. Habló del trabajo que debe hacerse para conseguir fondos y ayudas, y de la emisora a cargo de Marino. Nos contó la historia de la fundación y su oficio social. Nosotros no intervenimos mucho, pues queríamos conseguir la mayor información para establecer una futura entrevista con él. Continuó hablando sobre sus experiencias, una de las cuales nos hizo reflexionar sobre el acercamiento a la población sobreviviente: nos relató cómo una mujer que llegó desplazada después de una sesión con una psicóloga intentó suicidarse, ya que, al hablar de su pasado y su vivencia en relación al conflicto armado, volvió a revivir el dolor que llevaba consigo, pero que hasta ese momento había reprimido. Nos hizo ver que, en la casa, desde hace tiempo son conscientes de la importancia de la asistencia psicosocial para estas personas que llegan a un nuevo entorno, con un pasado que es difícil dejar atrás, pues en su interior aún resuena el sufrimiento vivido.

Lo tomamos como una advertencia y, de inmediato, manifestamos que el propósito de nuestro proyecto no era solo visibilizar el pasado de estas personas, sino su presente como actores sociales y empoderados de sus vivencias. Le aseguramos que nuestra intención nunca sería *revictimizar* a los sobrevivientes del conflicto con sus memorias; al contrario, haríamos énfasis en la manera como aun con ese dolor en sus corazones lograron sobreponerse a la guerra, hicieron catarsis. Franklin prestó atención a nuestros argumentos y nos dio su visto bueno para entrar a la fundación



y para tomar el registro audiovisual de su relato como sobreviviente del conflicto armado. Al mismo tiempo, le hicimos otra propuesta, respecto a que podríamos realizar un trabajo desde la emisora comunitaria que maneja Marino para así acercarnos a los usuarios y establecer confianza entre todos. Él sonrió y dijo que le parecía una buena idea, ya que, a través del manejo de la voz, las personas que se encontraban en la casa podrían crear un discurso y apropiarse de sus historias de vida.

Franklin mostró el resto de la casa: los diferentes cuartos, llenos de camas y camarotes, de mesitas de noche por doquier. En el recorrido nos presentó a varios usuarios. Luego subimos a la terraza, donde hay una huerta, y hablamos allí sobre la coyuntura política y social tras el plebiscito por la paz con las Farc; tomamos algunas fotos de registro del lugar y, finalmente, nos despedimos, no sin antes agradecerle a Franklin por permitirnos el acceso y por ayudarnos a contribuir, desde el periodismo, al trabajo que adelanta la fundación.

Salimos de la casa, sonrientes y con muchas expectativas frente al proceso; pero, sobre todo, con la confianza de que estábamos en el lugar y el camino correctos. A los ocho días volvimos. Nos recibieron los usuarios de la fundación y Franklin llegó tiempo después. Hablamos con ellos sobre las clases de radio que íbamos a darles; les preguntamos si les parecía agradable la idea, si les interesaba, y todos nos dijeron que era algo diferente que hacían en la casa. Conocimos a Iris, que estaba allí con sus hijos, a causa de violencia intrafamiliar; a Jeffer y Miguel, jóvenes que salieron de sus ciudades natales y llegaron a Bogotá; a Cecilia, la señora de la casa, una abuela que llevaba un par de años en la fundación.

Franklin llegó y nos volvió a presentar. Estábamos en el segundo piso y junto a la cocina hay un espacio lleno de sillas que es agradable para hablar con todos. Ese día empezamos con la primera clase; les informamos que trabajaríamos seis sábados y que iniciaríamos a las dos de la tarde. Les explicamos un poco sobre la historia de la radio, sobre su uso y sus funciones; así, iniciamos con ejercicios que tiempo después servirían como material para un programa radial que se incluiría en el documental web. Al momento de enseñarles a realizar entrevistas radiales, programas y el uso



de la palabra en este medio comunicativo, ellos se fueron desarrollando, comenzaron a actuar; hablaban de fútbol, de política, de los problemas del barrio, de sus experiencias en el pasado. Relataron historias reales y fantásticas a través de su voz. Algunos lloraron, pues sus experiencias eran tan dolorosas que era inevitable; pero rápidamente se componían y agradecían por estar en la fundación. En la mayoría de casos, primó la risa. Al hacer programas de radio, todos participaban e improvisaban noticias.

La escritura también fue importante. Antes de manejar su voz, era necesario que manejaran su pensamiento, y qué mejor instrumento que la escritura para hacerlo. Escribían historias de superhéroes, leyendas y mitos de sus ciudades de origen, también sobre las puertas que se les cerraron y cómo la esperanza en los ojos de sus hijos los hacía continuar. Los niños dibujaban y, con los celulares, eran los reporteros del noticiero. Leyeron poemas impostando su voz; las mujeres hablaban como hombres y los hombres como niños. Todo fue parte del proceso que en mes y medio trabajamos con ellos.

En la última clase, que se desarrolló el 26 de agosto, el programa radial salió, con todo lo grabado durante de las sesiones previas. Nos reunimos para escucharlo en la sala donde tuvimos la primera reunión; los adultos se sentaron en sillas y sofás, y los niños, en las escaleras. Mientras se reproducían las historias, todos atentos se miraban unos a otros; cuando reconocían una voz gritaban, se reían y enseguida guardaban silencio. Al final, todos quedaron satisfechos, aplaudieron y entregaron sus opiniones.

Ese mismo día grabamos la historia de vida de Franklin. Los demás se quedaron en la sala ubicada en el tercer piso, y nosotros subimos con Franklin a la terraza para realizar la entrevista. Un gran telar blanco con muchas manos de colores colgaba de la pared; al fondo, a la izquierda, estaba el patio con una huerta, llantas pintadas y llenas de tierra y maticas verdes que se levantaban; a la derecha, un cuarto con muebles y una gran mesa en la mitad. Preguntamos qué hacían en aquel cuarto; Franklin nos hizo seguir y nos mostró: juguetes, libros, hojas, colores y muchos dibujos en la mesa. Nos explicó que varios universitarios van a la fundación buscando trabajo pedagógico con los niños. Realizamos algunas



tomas de la huerta, del telar y del cuarto de niños. Enseguida, tomamos una silla del cuarto, la ubicamos contra la pared, justo donde estaba el telar, y empezamos a ajustar la imagen desde ese sitio.

Él se sentó, se acomodó sus gafas y cruzó sus piernas. Le pedimos que nos dijera su nombre completo y que nos hablara de lo que hace en la fundación. Él respondió con una voz cálida y sensible. Contó que era el jefe de recursos humanos de la fundación y que además era el vicepresidente de la Junta de Acción Comunal en su barrio.

Franklin se caracteriza por mantener un rostro serio, pocas veces ríe y mira fijamente. Indagamos sobre el proceso de reparación mediante el cual logró superar el desplazamiento y el miedo que tuvo en el pasado. Miró hacia arriba y trató de buscar las palabras para definir este proceso. Mencionó que fue difícil, pero el quererse, valorarse y pensar en su futuro lo ayudó a superar el dolor que sentía; además, pensar que no era el primero ni el último colombiano que padecería la guerra le permitió pensar en un mañana. Pero no se trataba de conocer sobre su proceso de superación, sino la relación de este proceso en su vida con la labor social que realiza. En este punto, él afirmó que el trabajo que ha realizado por la comunidad lo ha enriquecido como persona, que estar once años frente a temas de la población víctima lo ayudó a capacitarse, a adquirir experiencia y conocimiento claro sobre muchas de las falencias del Estado en el manejo que se da a esta problemática latente en el país. Enseguida, quisimos abordar el término *resiliencia* y le preguntamos si consideraba que poseía esta habilidad. Él respiró profundo, desvió su mirada y aclaró que al principio no, pero al pasar los días sus emociones y habilidades sociales iban progresando y creyó poseer la resiliencia que lo hacía sobresalir, demostrar que, a pesar de las situaciones difíciles, él valía; sintió el empoderamiento de su ser.

Pero ¿cómo definiría la resiliencia desde su experiencia?, le preguntamos al instante. Él movió sus dedos, nos miró fijamente, y aseguró que el quererse y valorarse como persona aviva el sentido de pertenencia sobre lo que es y representa. De esta manera, se puede transmitir esa fortaleza a los demás, porque si no hay respeto propio, no habrá un cambio significativo; por eso, es tan importante la resiliencia. Hubo un pequeño



silencio que aprovechamos para preguntarle si se encontraba en un estado de calma. Él nos miró, después apreció su alrededor y contestó que sí, que su vida transcurría alrededor de la comunidad, de ayudar y sentirse acompañado en esa lucha constante de buscar lo necesario para brindarle felicidad y tranquilidad a la población que llega. Mientras hablaba movía sus brazos y se sentía la pasión por lo que hacía.

Respecto a si la labor social permite que los sobrevivientes del conflicto superen la guerra y logren empoderarse, respondió que él partía de esa idea; si se trabaja individualmente, se genera aún más desigualdad en el país, una Colombia sumida; pero si se trabaja en sociedad, la población se puede empoderar de sus derechos. Para él, la mejor respuesta es trabajar en comunidad. Apagamos la cámara y le pedimos pasar a otro lugar para hablar un poco de su pasado.

Bajamos a la sala donde nos sentamos por primera vez en la fundación. Por una ventana grande se filtraba la luz. Lo ubicamos en un sillón y el recostó sus brazos en los laterales. La cortina blanca bailaba por el viento que entraba por una de las ventanas. Empezamos y Franklin nos contó su historia: sus recuerdos de niño y adolescente, su paso por el colegio, cómo mientras estudiaba su bachillerato conoció a Marino, y su experiencia con el conflicto armado, que desde joven lo puso a elegir entre las Farc y el Ejército sin que él quisiera pertenecer a ninguno de ellos. Nos habló de sus miedos y sus pasiones, y de cómo finalmente eligió salir de ese ambiente y trabajar por la población vulnerable. Muchas veces, mientras recordaba a Florencia, sonreía y cerraba sus ojos. Trabajaba para la comunidad de Soacha, pero a su tierra la llevaría por siempre en su corazón. También contó cómo fue el proceso cuando llegaron con la fundación al municipio, y que le molestó bastante sentir el rechazo que al principio manifestaron los habitantes del barrio.

Franklin luchó durante meses para desdibujar esos pensamientos negativos que invadían la mente de quienes llegaban a la fundación. Organizaron eventos y adelantaron labor pedagógica sobre lo que hacía la fundación. Se vincularon con el SENA para ofrecer cursos en las instalaciones de la fundación, con el fin de apoyar a las personas del barrio.

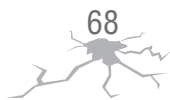


Así, poco a poco, Franklin se ganó el respeto y el aprecio de estas personas. Ya ha pasado una década y él es un líder social, vicepresidente de la Junta del barrio; es a él a quien todos consultan cuando algo ocurre en Santa Helena. Se le notaba el orgullo que sentía al contarnos esto, un logro que para él y para aquellos a quienes ayudaba era enorme: nada mejor que sentir el apoyo de los demás, su admiración y respeto por la labor social que paulatinamente contagia a jóvenes estudiantes, universitarios y personas del cotidiano de Soacha, que desean ser parte del cambio.

También quisimos saber si él consideraba que las medidas que ha adelantado el Estado para incluir activamente a esta población a la sociedad han sido significativas o si simplemente no han bastado los proyectos que permiten su incorporación. Mientras pensaba su respuesta, movía los brazos; luego afirmó que consideraba que lo estipulado en los programas del Gobierno estaba mal, porque ve que en algunas ocasiones personas solas son incluidas, mientras que familias con seis hijos, a pesar de tener la documentación que demuestra que son víctimas, no salen favorecidas. Y con voz fuerte agregó:

Les dicen, por ejemplo, que tienen que esperar 60 o 90 días mientras se verifica su situación, que por el momento no pueden ayudarlos; que si hay albergue, bien, o si no, no pueden ayudarlos. Les toca irse para la calle, mendigar debajo de un puente o en semáforos con sus niños al lado. La idea es que esos diseños que se formulan se ejecuten parejo; si hay que verificar datos que sea con todos.

Con esas palabras de Franklin, terminamos con las preguntas para esa segunda parte, y decidimos movernos a un lugar más iluminado y con más detalles para hablar un poco de su futuro, de sus sueños y de su opinión sobre los acuerdos de paz. Le pedimos que se ubicara en la terraza, justo al lado de la huerta, donde un afiche expresaba en pintura verde: “Semillas del corazón”. Al fondo se veían las montañas de San Mateo, que siguen intactas gracias al arte rupestre que allí se resguarda. Él se quedó de pie, mirando directo la cámara; cuadramos el plano y se empezó a grabar. Decidimos preguntarle su opinión acerca del acuerdo de paz que se firmó con las Farc y si llegó a representar a las víctimas. Su cara se marcó con ciertos rasgos de seriedad y respondió:



Siento que hubo falencias, que faltaron muchos puntos por tocarse, por priorizar. Tener en cuenta muy prioritariamente salud, educación, vivienda y reparación a las víctimas que fueron las primeras que se pusieron como el eje [...] Que sean reparadas primero las víctimas. Y ahí sí, que miren, en el caso de ellos, qué se puede hacer para que exista el perdón mutuo. Pero, primero, reparación a víctimas porque son ellos quienes vivieron la problemática.

Después de que respondió, decidimos hablar sobre sus sueños y metas. Él dijo de inmediato que quería tener amplia la fundación, conseguir un sitio rural, donde no solo reciban población víctima del conflicto armado, sino que atienda otras problemáticas; por ejemplo, a quienes escapan por maltrato intrafamiliar, el consumo de drogas, abuelitos abandonados —un lugar donde se les acompañe al final de su vida—. Manifestó que su sueño es la fundación y afirmó: *“La ayuda y el trabajo social son mi vida. Ese soy yo”*. Hubo un pequeño silencio. Si Colombia tuviera un pensamiento más comunitario, otra sería la historia que estaríamos narrando. Franklin, preguntamos finalmente, ¿cuál es su aporte para la paz? Él sonrió y dijo: *“Mi aporte para la paz es pensar yo qué hago por el otro, qué puedo hacer por las demás personas y cómo desde mi accionar puedo aportarle a la sociedad”*.

Apagamos la cámara, recogimos todo y le agradecemos por brindarnos su relato. Él bajó con nosotros, tomamos jugo y hablamos un poco sobre el proceso de las clases de radio. Le contamos que en los próximos días haríamos una grabación con dos personas de la fundación para que dieran un pequeño testimonio sobre él. Franklin asintió. Ya era hora de irnos, así que salimos de la fundación hacia la Autopista. Ya teníamos otra historia para incluir en el documental.

El 6 de septiembre llegamos de nuevo a la fundación y le pedimos a Jeffer Mosquera y a la abuela Cecilia su consentimiento para registrar lo que ellos piensan sobre la labor de Franklin y ambos aceptaron. Iniciamos con Jeffer. Para grabar su testimonio subimos a la terraza, ubicamos una silla de manera que al fondo se viera el telar con las manos de pintura. Le preguntamos qué opinaba de Franklin y de su trabajo en la fundación. Él



se puso nervioso, se reía y nos decía que editáramos bien el video si llegaba a equivocarse. Nos contó que la labor de Franklin le ha parecido muy buena, que ha sido un apoyo para ellos, un padre para quienes no lo tienen. Jeffer llegó a la fundación sin posibilidades, había buscado a muchas personas del Gobierno que lo ayudaran, pero finalmente el apoyo que necesitaba lo recibió en Colombia Nuevos Horizontes. Nos dijo que Franklin ha sido el padre que lo ha guiado, le ha dicho cuáles son las cosas buenas y malas, y que le agradece todo ese acompañamiento que le ha brindado hasta ahora. Le dijimos que ya habíamos terminado, pero él se quedó sentado, esperando más preguntas. Nos reímos de la situación y bajamos en busca de la abuela Cecilia.

Ella estaba en un sofá en el tercer piso, descansando. Le dijimos que se quedara allí, alistamos la cámara y le pusimos con delicadeza los audífonos para el audio. Le preguntamos lo mismo que a Jeffer: qué pensaba de la labor de Franklin en la fundación que la acogió, y ella con una voz tierna y maternal respondió, mientras algunas lágrimas se le escapaban:

Franklin ha sido un gran amor conmigo. Yo me enfermo y él es mi vida en el hospital, porque está pendiente de mí. Ha sido excelentísimo. Para mí ha sido como el hijo que nunca parí. No hay palabras con qué expresar lo que él ha hecho por mí.

Le dimos un abrazo para expresarle nuestro agradecimiento y sentimos que el amor de ella por Franklin era intraducible, perceptible solo por esas lágrimas que acompañaban sus palabras.

Este es el relato de un hombre que logró sobrepasarse a todos sus miedos y convertirse en un ejemplo para la comunidad. Franklin ha demostrado que la labor social es también una herramienta personal para llevar a cabo un proceso de resiliencia. Él vivió en su tierra adorada una niñez feliz; creció y se enfrentó a la dicotomía de una guerra donde los diferentes bandos eran conformados por otros colombianos iguales a él; sin embargo, abrió los ojos y salió de ese mundo cargado de armas y bajas. Ahora, en Soacha, es un líder, un hombre lleno de energía que crece a cada paso con la fundación y lucha por una Colombia con nuevos horizontes.





Karen:

paz a través de la música

En el pacífico colombiano, más exactamente en Bahía Solano, la calidez de la playa convive con la humedad de la selva. Su geografía, cargada de deslumbrantes paisajes, esconde tesoros naturales aun sin conocer. A lo largo del territorio, el color verde en todas sus tonalidades presenta un gran espectáculo que también se traslada al mar. Su clima es un contraste que termina encajando de forma espontánea: altas temperaturas con lluvias permanentes que invitan a mezclarnos con el agua, a ser uno solo. Su considerable biodiversidad la convierte en un referente a nivel mundial; por ejemplo, entre julio y noviembre las ballenas jorobadas arriban a su litoral, y con sus particulares sinfonías buscan un espacio dentro de esa variedad musical que se vive a cada paso. También múltiples tortugas marinas vienen en septiembre para depositar sus huevos; su llegada es toda una celebración de vida.

Bahía Solano, municipio ubicado en el departamento del Chocó, colinda con el océano Pacífico y cuenta con un poco más de 9000 habitantes. La pesca artesanal, el turismo responsable con el medio ambiente y la agricultura son algunas de las actividades productivas de sus pobladores. El sabor, el aroma y el color de los alimentos que allí se cultivan también son una muestra de esa variedad intrínseca de la región. La música del pacífico, por su parte, demuestra la lucha de la comunidad afro: marimbas de chonta, cununos, chirimías, bombos y guasá le dan forma a la poesía de la selva, al llamado de las raíces, y son la excusa para formar himnos identitarios de una comunidad que resiste. La forma más acertada para definir a Bahía Solano es diversidad y contraste, una antítesis viva que se complementa en cada rincón, paisajes, alimentos, ritmos musicales, rostros, cultura e historias.

El 26 de septiembre de 1970 Bahía Solano amaneció inquieto a causa de un fuerte sismo que amenazó con llevarse el pueblo: destruyó algunas edificaciones, dejó el acueducto fuera de servicio temporalmente y varias zonas se inundaron. Horas más tarde, se registró un nuevo movimiento con una magnitud de 5,4 que dejó gran parte de las construcciones en mal estado y al municipio totalmente incomunicado por daños en las vías de acceso y deslizamientos en zonas aledañas. La población, confundida, corría de un lado a otro para resguardarse de los escombros que caían de las edificaciones. Al anoecer hubo un tercer temblor y, luego de las constantes réplicas, casi todo quedó destruido. La tierra se partió en dos y el mar subió, así que los solaneños decidieron abandonar la zona: sus hogares estaban destruidos, nada podía recuperarse.

Momentos críticos se vivían en la región y el desalojo era inminente; según cifras oficiales, la tercera parte de los habitantes fue evacuada. Si bien no se registraron pérdidas humanas, el número de desplazados fue considerable. Lo que alguna vez había sido su hogar, una zona tranquila rodeada por el mar, ya no era un lugar seguro para vivir. Quibdó, Buenaventura y Medellín fueron los destinos que en un primer momento acogieron a los nativos. Del desastre natural que sacudió este municipio hace 48 años se tiene muy poco registro en medios informativos e internet.



Entre la opinión pública nadie habla del sismo de Bahía Solano, pero quienes vivieron tal catástrofe aún no lo olvidan, permanece latente en su memoria. No obstante, fueron más allá de la tristeza, secaron sus lágrimas y se pusieron de pie para enfrentar el futuro, su historia no terminaba allí.

Entre tantos damnificados se encontraba la familia Bermúdez, que debió salir del pueblo y dirigirse a Bogotá en búsqueda de una mejor calidad de vida. Se encontraron con una playa diferente: la imponente vegetación se transformó en enormes edificios; el clima húmedo tropical contrastaba con un frío moderado y la tranquilidad de las olas se convirtió en caos. La selva de cemento los sumergió en una marea urbana conformada por una masa homogénea e indiferente. Solo quedaba resistir. Por azares del destino llegaron a Soacha para comenzar una nueva vida. El municipio con el paso de los años se ha vuelto un foco de migración constante por su cercanía con Bogotá, los terrenos bastante económicos y su combinación rural-urbana que no genera cambios tan drásticos en los nuevos pobladores.

Llegaron a la comuna cuatro del municipio (Cazucá), Ciudadela Sucre los acogió. Ellos, en busca de una segunda oportunidad rehicieron sus vidas en un lugar propicio para alojarse después de abandonar su ciudad de origen. Se asentaron en el barrio Bellavista, que en un inicio se consideró como zona ilegal, pero más tarde empezó a poblarse desafortunadamente. Desde ese momento los Bermúdez se establecieron en Soacha y, poco a poco, comenzaron a adaptarse y el arraigo por Bellavista empezó a crecer. Sus vidas fueron mejorando, y la familia aumentó, se sentían más cómodos y la tranquilidad nuevamente retornó a su hogar. En este contexto nació Karen Bermúdez, protagonista de este relato, quien tiempo después se convertiría en gestora cultural de la Fundación Arte Sin Fronteras, líder del grupo musical Son de Bellavista y un referente importante en su comunidad. Ella, en repetidas ocasiones, menciona que es orgullosamente de Soacha pero que no olvida sus raíces afro.

La infancia de Karen transcurría con normalidad en medio de juegos infantiles y amigos del barrio, cuando llegó la Fundación Arte Sin Fronteras con su proyecto Arte y Juventud por la Paz, el cual ofrece a niños, jóvenes



y adultos formación artística en danza, teatro, artes plásticas, medios digitales y música, todo con el fin de contrarrestar las problemáticas sociales que se vivían en el territorio. Ella decidió ingresar a la fundación cuando Carlos Guerrero, director de la Academia de Artes Guerrero (el proyecto surgió gracias a este centro formativo artístico) invitó a niños como ella a ser parte de esta iniciativa que cree en el arte como una herramienta fundamental de transformación. Empezó asistiendo una vez por semana a un taller de plastilina, donde duró bastante tiempo; sin embargo, por cuestiones de organización interna, tuvo que abandonarlo para darles paso a los estudiantes más pequeños, entre ellos, su hermana.

Si bien Bermúdez no fue afectada directamente por el conflicto armado colombiano, sí ha vivido sus efectos en la comunidad a la que pertenece. Problemáticas como las fronteras invisibles, la inseguridad, el microtráfico, la invasión de terrenos y la drogadicción fueron y son prácticas nocivas de quienes no han superado el pasado violento que sufrieron, repitiendo así conductas agresivas que generan conflictos impensados en nuevas zonas. Lo que ha pasado en Bellavista es que las personas que, en busca de un futuro mejor, llegan desplazadas de las regiones más golpeadas por la violencia y que no han sanado totalmente su dolor, responden de forma agresiva, como reacción a lo que vivieron en el pasado. Tal situación, de cierta manera, afectó a Karen en algún momento; sin pensarlo, el inconveniente se fue volviendo más grande: ya no era un grupo inconforme, ahora estaban ejerciendo “justicia” por mano propia.

En plena adolescencia, y con ese afán de relacionarse con gente distinta, tuvo un acercamiento con personas no muy gratas, por lo que empezó a meterse en bastantes problemas. A la edad de 16 años se vio inmersa en una situación particular cuando, en una de tantas ocasiones en que recorría el barrio, quienes tenían el “control” la identificaron: *“Yo no era una persona que estaba haciendo cosas malas. Solo éramos un grupo de 20 personas que nos la pasábamos juntos todos los días”*. Lo que para “ellos” (como los denomina) *“fue traducido como que éramos vagos y ladrones”*. Al día siguiente, su amiga más cercana le informó que había una limpieza social y que ambas se encontraban en la lista. Ella, aterrada, no podía



creerlo. Esa situación fue toda una sacudida porque darse cuenta de que estaba en peligro le ayudó a ser más consciente de sus actos. Se convirtió en sobreviviente cuando, al reflexionar, entendió que no quería seguir involucrada en problemas que ella misma había buscado. Debía trabajar por una mejor calidad de vida para ella y su familia, pues sus seres queridos estaban padeciendo las consecuencias de sus acciones. “*Cuando uno toma la decisión de decir hasta aquí llegó, lo hace sin volver*”; de eso está bastante segura.

Desde entonces, la música empezó a ser su escape. Cuando tenía 20 años, el pastor de una iglesia cercana la invitó a una de sus misas y le comentó que en las ceremonias no tenían ningún acompañamiento musical. Un joven colaborador de la parroquia le propuso armar un grupo, al que, luego, más chicos del barrio decidieron unirse. En esa etapa de formación conoció el piano, instrumento que le hizo guiños desde el primer momento; aprovechó que a nadie le causó interés y se arriesgó aprenderlo. Era la oportunidad perfecta para dedicarse de lleno a un instrumento, sin interrupciones. Estaba convencida de que necesitaba aprender, para ella era fundamental absorber todo el conocimiento que pudiera.

En un par de años el centro cultural de la Fundación Arte Sin Fronteras se consolidó, para esa época ya había una gran variedad de propuestas artísticas y se enfocó claramente en la música. Karen volvió a ingresar; existía un vínculo que ni el paso del tiempo podía destruir. Cuando regresó notó que daban un taller de música del pacífico y pensó que así estaría más cerca de sus raíces. Deseaba aprender marimba, instrumento que se conoce como *el piano de la selva*; pero fue bastante complicado para ella, así que intentó con las semillas (se le llama guasá al instrumento en forma de cilindro que guarda en su interior semillas secas o pequeñas piedras). En ese momento se estaba creando el proyecto Formador de Formadores, que invita a los jóvenes de la fundación a que sean ellos los que ahora les brinden talleres artísticos a los niños de la comunidad. La profesora que estaba a cargo de la iniciativa la invitó a participar. Al principio Karen no estaba muy convencida porque en su barrio era catalogada como un referente negativo; sin embargo, aceptó.



La música le ayudó a sentirse nuevamente útil en la sociedad; la gente del barrio ya empezaba a verla diferente:

Cuando llegas y te dejan unos niños a cargo, ellos te ven como un ejemplo. Esa idea me empezó a transformar la mente y la vida. Yo no quería que esos niños pasaran por lo que yo pasé; entonces pensaba: ¿cómo hago yo para darles mi ejemplo?

La música fue la oportunidad para sobreponerse a lo que había vivido, le permitió encontrar una salida más productiva, por lo que su gratitud siempre será para ella. Al dedicar tiempo para ensayar, preparar los talleres y crear nuevos sonidos, la calle no volvería ser su único refugio. Hizo un acto de fe cuando la dejó entrar y le destinó todo el tiempo que necesitara. Los buenos resultados eran notorios. El arte visto como un mecanismo esencial para construir ciudadanía le permitió superar la violencia y empoderarse.

Cuando realizábamos los diálogos iniciales de *Caminos de resiliencia* nos encontramos con la Fundación Arte Sin Fronteras, que ofrece formación artística a niños, jóvenes y adultos de Ciudadela Sucre. Se encuentra ubicada en una comuna que ha sido bastante estigmatizada por los medios informativos; sin embargo, este territorio respira esperanza y en consecuencia, la labor de este tipo de organizaciones resulta fundamental. La primera vez que fuimos a Bellavista nos impactó la panorámica privilegiada del municipio que lograba verse desde las alturas, era y continua siendo un espectáculo urbano conmovedor. En el transporte público con un distintivo color morado subimos la montaña y observamos que hay gran cantidad de viviendas en la cima. La llegada a un paradero anunció el fin de nuestro viaje.

Al bajarnos y recorrer el barrio nos llamó la atención que la mayoría de las casas estaban pintadas con murales bastante llamativos, de flores, animales terrestres y marinos, y simbología muisca. Nuestro primer contacto allí fue Ricardo, un líder juvenil y diseñador gráfico de la comunidad, que lleva trabajando en la fundación desde que esta se creó. Esa tarde



él inició su intervención hablando de los vistosos murales que habíamos visto a nuestro arribo. Nos contó que ese es otro proyecto con el que cuenta la fundación: Color Alegría busca darle vida a las fachadas de las casas, es toda una galería al aire libre. En algún momento de la conversación nos habló del grupo musical Son de Bellavista, que surgió en uno de los talleres de formación. Este colectivo mezcla ritmos tradicionales del pacífico con música moderna y se enfoca en el día a día de sus integrantes en el municipio y en el rescate de su identidad. Habíamos oído de ellos, leído sus entrevistas y escuchado la canción que lleva el nombre de la banda, así que no dudamos en comunicarle a Ricardo nuestro interés por contactarlos.

Conocimos a Karen Bermúdez tiempo después y, nuevamente, el centro cultural fue el punto de encuentro; de acuerdo con lo que ya sabíamos de ella, estábamos seguros de que poseía características resilientes ligadas al conflicto armado. Sin embargo, estábamos convencidos que cada líder de Arte Sin Fronteras poseía y posee una historia de superación que vale la pena mostrar. Nos dirigimos al centro artístico de Bellavista, una casa amplia con una combinación verde y morada en las paredes (tonos juveniles); algunas formas abstractas, de donde se desprenden varios colores, le dan mayor realce a la construcción, haciéndola más artística. El toque final lo ponen los logos que se encuentran en la parte superior. Al frente de la edificación hay un sencillo parque para los más pequeños, ya que existían pocos espacios de diversión para los niños.

Estábamos ansiosos por conocer a Karen, pues nos habían hablado tanto de ella, de su relevancia en la comunidad y de su testimonio de fortaleza, que las expectativas eran cada vez mayores. En conversaciones con otros líderes, todos coincidían en que era una pieza fundamental para el desarrollo de las actividades. La imagen de una mujer que con su labor demostrara la importancia de lo femenino en una sociedad con poca participación pública de las mujeres nos emocionaba, era todo un acto revolucionario. Preguntamos por ella y una joven afro de cabello trenzado que asemeja rutas (señal propia de su identidad), con una gran sonrisa, de esas que te hacen sentir acogido desde el primer segundo, nos dijo: *“Mucho gusto, soy yo”*. Lo primero que notamos fue su tranquilidad, su



buena energía y su disposición, siempre presta a colaborar; ese día estaban haciendo un evento para atraer nuevos chicos a los talleres de formación y, ella realizaba el acompañamiento permanente a la jornada.

Nos comentó que Ricardo, su gran amigo, mano derecha y nuestro cómplice en esta búsqueda de personajes, le informó del proyecto que estábamos adelantando y de nuestra intención: visibilizar por medio de un documental web los mecanismos pacíficos que algunos sobrevivientes del conflicto en el municipio usaron para sobreponerse a la guerra, y que hoy, gracias a esas alternativas, contribuyen a la paz desde sus acciones sociales. Su respuesta fue totalmente serena: “*Sí, no hay problema. En lo que yo les pueda ayudar, cuenten conmigo*”. Nos sorprendió ese voto de confianza; sin conocernos, nos estaba dando un parte positivo para adentrarnos a su vida y mostrar su historia. Nos contó que era gestora cultural del centro artístico y mencionó sus responsabilidades en la fundación, totalmente enfocadas en la parte administrativa; no se encontraba vinculada como tallerista.

En el siguiente encuentro iniciamos las grabaciones, con la cámara siempre como testigo de las charlas y como herramienta para preservar la memoria: los relatos que conoceríamos perdurarían en el tiempo, aun cuando sus protagonistas ya no estuvieran. Karen nos saludó con su infaltable sonrisa; ese optimismo ante la vida invade a todo el que se le acerca y nosotros ya empezábamos a sentir sus efectos. Comenzamos hablando del grupo juvenil que lidera, Son de Bellavista, el cual interpreta ritmos del Pacífico colombiano con ciertos toques urbanos; lo tradicional se mezcla con las nuevas propuestas. Estos jóvenes encontraron en marimbas, bombos y cununos esa raíz que definía buena parte de su identidad. Recordó entonces cómo empezó a formarse el colectivo:

El profesor de ese tiempo era percusionista y nos decía que por qué no montábamos algo “diferente”. Lo dijo entre comillas, porque en Bogotá hay muchos grupos del pacífico. Aquí en las comunas uno lo que escucha son grupos de rap o gente con su guitarra. Él decía “creemos música del Pacífico aprovechando que la mayoría de los estudiantes son afro”. Entonces, empezamos a montar canciones.



La primera canción que escribieron fue *Arrullo de Navidad* que hace alusión a la época de lluvias fuertes que en ese entonces vivía Bellavista, donde el agua se entraba a las casas y las calles estaban cubiertas de barro. Es un arrullo del pacífico que relata las situaciones cotidianas que se presentaban en el barrio; sin embargo, también es un guiño histórico al desastre natural de Bahía Solano, un homenaje a esos abuelos, padres o tíos que tuvieron que salir de su tierra, pero muy valientemente llegaron al municipio de Soacha a construir una mejor vida. “*Que salga el sol y pare el agua ya*” era lo que en ese momento toda la comunidad estaba pidiendo. Ella afirmaba a lo largo de la entrevista, que son de Soacha, pero que debe haber una conexión entre el presente y las tradiciones: estar en contacto con las raíces es necesario. El objetivo del grupo es apoyar la preservación de las memorias tradicionales de Colombia: “*Los ritmos colombianos son muy buenos, a pesar de no ser muy valorados*”, mencionaba esperanzada.

Sabíamos con anterioridad que Karen era un ejemplo de superación porque, a pesar de verse envuelta en situaciones negativas, su entereza salió a flote. Podría haber continuado con sus prácticas nocivas, seguir en su zona de comodidad, pero decidió apostarle a la esperanza, una salida más difícil pero con mejores resultados. La resiliencia había estado presente en su vida, por eso al preguntarle si poseía esta capacidad afirmó que sí, pero que el camino fue bastante largo para llegar a ese estado ideal. Tenía tanto resentimiento en su corazón y había pasado por tantas experiencias negativas que nunca pensó poder soltarlas. Sin embargo, la música se convirtió en un bálsamo, en su mantra para enfrentar lo que estaba sucediendo. Le pedimos que a través de su experiencia definiera con sus propias palabras el término *resiliencia* y ella lo resumió en darse la oportunidad de intentar un enfoque nuevo, una salida diferente: “*Ahí es cuando se empiezan a generar los cambios porque te sientes más vivo*”.

Manifestó que ahora se siente en calma y que apoyar desde el Centro Cultural a que Bellavista sea un mejor lugar ha sido su mejor experiencia. Darse cuenta de que su labor diaria le sirve a otra persona la hace sentir tranquila: “*No quisiera volver a ver problemas como los que*



yo pasé, por eso trabajo”, mencionó con total seguridad. Concluyó esta respuesta reconociendo los beneficios que el arte trae a los sobrevivientes del conflicto para que logren superar la guerra y, por ende, empoderarse. El arte en todas sus expresiones no ha sido considerado como una herramienta certera que ayude en un proceso de reparación; pero tal vez con él, cuestiona, se alcancen resultados más favorables como sucedió en su caso. Y ese, precisamente, es el objetivo de Arte Sin Fronteras: plantear nuevas opciones en la transformación de realidades.

Bermúdez finalmente hizo un llamado frente a la situación de las víctimas del conflicto en el municipio, y habló de las razones por las cuales es de vital importancia apoyarlos para que sean más los sobrevivientes y no los damnificados que repiten lo vivido en el pasado, como ha ocurrido en su barrio. Afirma que hay que integrar a las personas desplazadas, tratarlas como iguales antes que aislarlas, porque ellas ya hacen parte del territorio y al incluirlas positivamente en la sociedad se estarían evitando varias problemáticas sociales:

Muchos de los brotes que se han dado de violencia son también en parte por falta de oportunidades. Entiendo que hay una familia que mantener unas obligaciones que cumplir, y muchas veces uno no consigue una fuente de ingreso por ser de donde es. Ahí es donde se generan los conflictos.

Nos reencontramos con Karen unos meses más tarde, esta vez en un contexto diferente, pues quien se trasladó en esta oportunidad fue ella. Días antes nos habíamos comunicado vía telefónica para anunciarle que realizaríamos el lanzamiento del documental web *Caminos de resiliencia* para sus protagonistas: el momento de verse en pantalla había llegado. No estaría sola, conocería a los demás personajes; no habían tenido la oportunidad de cruzarse, charlar y compartir experiencias. Para nosotros como realizadores este era nuestro salto al vacío, el reto más grande que debíamos enfrentar. Pensábamos que si ellos no consideraban responsable el tratamiento de sus historias, el objetivo no se habría cumplido.



Siempre estaríamos agradecidos con los cinco personajes, que muy amablemente compartieron sus experiencias de vida con dos periodistas a punto de graduarse. El pánico, pero también la satisfacción de haber finalizado el proyecto nos invadían. Karen Bermúdez y Franklin García (quienes asistieron) nunca supieron el cúmulo de pensamientos que despertaba para nosotros ese momento.

Ella, siempre sonriente, asistió sin falta a la cita. La presentación se hizo en las instalaciones de la Corporación Universitaria Minuto de Dios UNIMINUTO, Centro Regional Soacha. Karen y Franklin ingresaron al sitio web para explorar como se desarrolló su historia, conocer un poco de los demás personajes y diligenciar un formato de satisfacción, donde daban su calificación sobre varios aspectos. Las preguntas hacían referencia a los siguientes elementos: aspectos técnicos, el manejo del relato de vida, la construcción de la memoria histórica y la paz; así como a su nivel de satisfacción respecto al proceso. Para iniciar, Karen ingresó a su relato, a su espacio virtual. Observaba detenidamente cada uno de los videos. Verla tan atenta era un buen augurio; su sonrisa, de la nada, aparecía de nuevo.

Luego quiso conocer la vida del hombre que estaba sentado a su lado mirando interesado la pantalla del computador. Finalmente, escucharíamos luego de un año de trabajo sus comentarios. Ella, degustando una almojábana y un vaso de masato (pasabocas autóctono de Soacha que entregamos esa tarde) manifestó:

El trabajo de hacer memoria al momento de relatar mis vivencias fue algo de mucho provecho, me permitió volver atrás y hacer conciencia de mis objetivos como líder social. Este fue un trabajo muy profesional.

Karen Bermúdez, música y gestora cultural de la Fundación Arte Sin Fronteras, continúa preparándose en la Academia de Artes Guerrero, ubicada en Bogotá, y ensayando todos los domingos por la tarde con su grupo musical Son de Bellavista. Su aporte para la paz es trabajar por la



comunidad y, a través de su testimonio, demostrarles a las personas que siempre hay una oportunidad para ser mejores. Sueña con que todos los muchachos del barrio que se encuentran en problemas conozcan la fundación, que vean en el arte una opción distinta para solucionar sus inconvenientes, pues ya basta de los mecanismos convencionales de integración a la sociedad. Su meta con Son de Bellavista es recorrer el país, llevando música tradicional del Pacífico hecha en el interior, y dar a conocer la cara positiva de Soacha: “...porque nosotros somos orgullosamente soachunos”.





Jhon:

un camino que forjó el teatro

En lo alto de las montañas que se ubican en el municipio de Soacha se levantó el barrio de Bellavista, constituido en su mayoría por afrodescendientes, que llegaron a causa del desplazamiento masivo hacia la capital. Allí, entre las alturas, donde el viento parece soplar con mayor fuerza, levantando tejas de humildes casas, creció Jhon Hernández. Desde que era un niño tuvo que asumir las implicaciones de tener una prima en las filas de las Farc. Conoce poco sobre lo que pasó con su prima, pues era muy pequeño cuando ella dejó a su hijo con el papá y no volvió por él. Tan solo sabe lo que su familia le contó: que conformaba las filas de la guerrilla y por esa razón se fue. Pero no solo tuvo que sortear esa situación, pues creció en un lugar donde cada día veía llegar más y más personas de otros lugares del país, de esos donde la guerra era más evidente. Casas y barrios de invasión fueron cada vez más frecuentes, y Jhon reconoció este cambio en las condiciones de vida cuando cursaba su bachillerato; sintió que el cambio que sufrían las montañas con la urbanización era abrumador.

Él hablaba seguido con la gente que iba llegando al barrio. Un día conversó con un señor que había pasado por una situación difícil antes de llegar al barrio: venía de un pueblo pequeño controlado por paramilitares y un día estos hombres llegaron a su casa fuertemente armados, tiraron al suelo a toda su familia y, sin mediar palabra, les empezaron a disparar a quema ropa. El señor, con un disparo en la garganta, fingió su muerte durante horas, hasta que pudo huir del lugar. Fueron muchas las historias que Jhon conoció en su barrio sobre colombianos desplazados, que, en un lote ilegal, sin agua ni luz, intentaban construir de nuevo su hogar, y de alguna manera entendió el porqué de la violencia en su barrio. Comprendió que las acciones de las personas que llegan de la guerra, muy probablemente, se ven condicionadas por la violencia que han vivido.

Mientras Jhon asistía al colegio, las montañas se trazaban con líneas invisibles que delimitaban territorios específicos: una violencia juvenil que iba en aumento. Todos los estudiantes comenzaron a vivir estas situaciones y sabían por dónde podían caminar y por dónde no. Su colegio quedaba en el barrio San Rafael. De este hacia arriba, quedaba el barrio Lucumí y hacia abajo, Los Pinos, de modo que el colegio se encontraba en la mitad de una de tantas fronteras invisibles. Allí eran frecuentes los enfrentamientos entre bandas criminales, que estallaban en las salidas del colegio. Jhon tuvo que pasar muchas veces en medio de estas batallas campales que se formaban en las cuadras polvorientas de esa montaña. Así, pasaban los meses y él se acostumbró a presenciar estos actos y a que sus compañeros del colegio lentamente se debatieran entre conformar nuevas bandas o formar parte de las que ya tenían el control en la zona.

Un día salió del colegio junto a su mejor amigo, como de costumbre, y un hombre que los estaba esperando a la salida se acercó y le dijo a su amigo que lo habían visto un día en un barrio donde él no debía estar. Jhon en el fondo sabía en qué iba a terminar todo. Sin más palabras ni insultos, este sujeto apuñaló a su mejor amigo y luego le siguió pegando. Jhon se metió en la pelea y le alcanzaron a dar un “puntazo”; después, llegaron más amigos y lo ayudaron. Todo sucedió a pocos metros del colegio. Con heridas considerables, Jhon y su amigo se fueron para un centro de salud



cercano. Al salir de allí, su familia preocupada le preguntó qué había pasado, pero él no sabía cómo explicar que ir a otro barrio, salir a caminar por lugares cercanos y que lo identificaran se consideraba un atentado.

Jhon, con 17 años, caminaba con miedo. Él era de Bellavista y llevó esa etiqueta por mucho tiempo; no se atrevía a ir a otros barrios porque automáticamente pensaba que lo iban a matar por mirar a alguien, por hablar con alguien. Un miedo similar carcomía a muchos jóvenes en esta comuna. Sin embargo, Jhon analizó la situación y cayó en cuenta de que muchos de los jóvenes que pertenecían a estos grupos venían de familias violentadas, que habían sufrido dolores cuyas profundidades nadie, ni ellos mismos, podían desaparecer: “la violencia trae consigo más violencia”, se repitió Jhon. Aquellos que padecieron el conflicto en su lugar de origen estaban ejerciendo la violencia en su nuevo hogar y él no podía permitir esto, o al menos debía luchar desde lo más simple contra este fatal desenlace para su comunidad. Así, en medio del miedo y ante tales cuestionamientos, Jhon encontraría su pasión. Comenzó a dedicar menos tiempo a sus compañeros del colegio y a la calle, y encontró en el teatro una puerta de salida a su mundo, a través de una fundación que quedaba a poca distancia de su casa.

El profesor Carlos Guerrero, fundador de la Academia de Artes Guerrero, llegó a Bellavista y creó la Fundación Arte Sin Fronteras, con el fin de dar un apoyo artístico y pedagógico a niños y jóvenes del barrio. Jhon empezó a vincularse a este proyecto y descubrió en el arte su pasión. Buscando otro camino, ese que le diera herramientas para dejar el miedo y la incertidumbre de crecer en medio de las violencias juveniles, empezó a conocer herramientas de la dramaturgia, a actuar, ser fuerte, ser grande, poderoso, afortunado, ser quien quisiera.

Al terminar su jornada escolar, se afanaba por salir y cambiar al mundo desde el teatro. Sintió que había encontrado ese potencial que lo hacía volar a través de las montañas, saltar de historia en historia. Era un adolescente con la idea de inyectarle arte a su barrio. Empezó a estudiar sobre teatro, actuación y todo lo que lo acercaba a su sueño; generó en sí mismo una nueva conciencia, valores; llegó al perdón, a entender la



necesidad de la reconciliación y el amor propio. Dos amigos le preguntaban que en su tiempo libre él qué hacía; llegaron las vacaciones, Jhon los invitó a que conocieran los talleres de teatro que se desarrollaban en la fundación y ellos, poco a poco, se dejaron atraer por esta idea tan colorida, en medio de aquel cuadro bastante oscuro que dibujaba la realidad.

En medio de este proceso de formación artística, Jhon recibió una noticia que lo haría volver a la incertidumbre: el padre de su hermana era un alto mando en las filas de las Farc y decidió llevársela a Venezuela, pues ella estaba empezando a consumir drogas. Dijo que se la llevaba a un campamento de la guerrilla para lograr rehabilitarla, que lo mejor era que ella se quedara allá por un tiempo, y después le daría la opción de escoger entre quedarse o irse del campamento. Jhon había vivido, cuando niño, una situación similar: una prima suya había tenido un hijo y un día lo dejó con el papá, quien se salió de las Farc para criar a su hijo; ella se fue, no volvió nunca más, y lo más probable es que haya regresado a la guerrilla.

Tenía prácticamente dos familiares pertenecientes a un grupo al que definen usualmente como *asesinos*, *secuestradores* y *terroristas*, y él vivía en un lugar donde la mayoría pensaba de esa manera. En ese momento entendió que eso no era lo que definía ni a su prima ni a su hermana, comprendió que el conflicto no se da entre los buenos y los malos, sino en los que eligieron un bando porque creyeron, todos, hacer lo correcto. Su prima no volvió, su hermana nunca llegó. Bajo la presión social, Jhon no habló de esto con nadie, ni siquiera les contó a sus amigos; se defendió mentalmente contra los comentarios de las personas, que tenían su fundamento porque habían sido víctimas de estos grupos, era más que obvio; se camufló contra todo esto y siguió. Ahora, no solo cargaba con la responsabilidad de cambiar el rumbo de muchos jóvenes del barrio a partir del arte, sino que se propuso cambiar la percepción de las personas sobre el conflicto.

En junio de 2006, Jhon hizo su primera presentación, en la obra *El Pez de la Conciencia*. Allí, una abuelita que los dirigió les cantaba. Aquella obra representó para estos niños la primera oportunidad de dar a conocer sus talentos y, además, le entregó a la comunidad una historia reflexiva sobre



un pez del Pacífico que les decía a 70 niños qué estaba bien y qué mal de lo que hacía. Días después del estreno de la obra, salieron en el titular de un periódico: “Niños aprenden a ser artistas, programa Arte y Juventud por la Paz convoca cada semana 75 niños menores de 16 años en la Academia de Artes Guerrero que costea sus estudios”. Jhon no podía creer que estuviera en una portada de un periódico. Un amigo, en medio de la entrevista para este medio, dijo que gracias a Jhon estaba con ellos, ya que cuando él se iba a los talleres se quedaba solo y no tenía con quien jugar. Así, percibió que, si bien no sería el joven que cambiaría al mundo, sería uno que no pararía de cambiarle el mundo a las personas. Y no se desvió de ese camino: el teatro fue su profesión al salir del colegio y es en lo que “camella” hoy.

Cuando ya habíamos hablado con Marino y Franklin, estábamos seguros de que era posible encontrar más personas que representaran la resiliencia por medio del quehacer cotidiano. No dudamos, entonces, en dirigirnos a la Fundación Arte Sin Fronteras, muy conocida en las montañas de Ciudadela Sucre. Esta se ubica en un pequeño barrio, con las casas de lado, unas hacia arriba y otras hacia abajo. Al final de las cuadras, aparece una gran casa pintada de morado y verde, rodeada de un ambiente plasmado por gente del Pacífico colombiano. Afros en las puertas, en hamacas o mecedoras, jugando y hablando, con sus hijos sentados en el andén rocoso, y la música a todo volumen. Además, había muchos murales en las casas de los alrededores de la fundación, todos tenían colores llamativos y en su mayoría representaban el mar azul.

Nos dirigimos a la fundación el 11 de agosto de 2017 para reunirnos con Jhon Hernández, contacto que nos facilitó Ricardo, un amigo suyo con quien habíamos hablado días antes, también un líder juvenil de la comunidad. Él nos comentó que dos de sus colegas y amigos en la fundación podrían tener las características que buscábamos. Jhon es un joven con apariencia innegable de artista: su aspecto relajado, su arete como símbolo de rebeldía y su barba que lo hace ver aún más “descomplicado”. Nos presentamos y le comentamos un poco de nuestro proyecto. Al conversar con él y manifestarle en profundidad algunos aspectos de nuestra propuesta, nos comentó que estaba dispuesto y muy interesado en vincularse a este trabajo periodístico.



Sin embargo, dado su carácter propositivo, Jhon nos dijo que en su historia sería importante resaltar dos puntos: en primer lugar, cómo a pesar de tener un pasado violento ligado al conflicto armado, los más jóvenes puedan buscar mecanismos positivos que los ayuden a superar esta situación y desligarse del rol de víctimas. En segundo lugar, afirmó que los efectos del conflicto han llegado a estos barrios, y que muchachos como él pueden considerarse sobrevivientes porque al estar en contacto con varias problemáticas sociales que se desprenden de esta situación, ellos encontraron en el arte una barrera que desafió la probabilidad de que muchos de ellos terminaran en las drogas o la violencia urbana. Esa última intervención de Jhon nos amplió un poco más el panorama en torno al tema, ya que, si bien estábamos enterados de las consecuencias e impactos que generaba en un nuevo entorno el desplazamiento por el conflicto armado, Jhon nos confirmó que la situación es toda una realidad. Además, durante este primer acercamiento, nos habló de su gran amor al teatro y a la enseñanza que imparte entre los niños de su barrio. Finalizamos la conversación con una respuesta positiva de Jhon para integrar el documental web con su experiencia de vida.

Volvimos el 19 de agosto. Llegamos a la Autopista Sur por Terreros, y de ahí salió un bus que sube a las montañas, cuyo cartel decía: “Bellavista”. Mientras pasábamos por muchos barrios, al ir ascendiendo veíamos prácticamente todo Soacha e íbamos repasando las preguntas que le haríamos a Jhon. Al llegar al parqueadero, inmediatamente lo llamamos para ir a su casa e iniciar con la entrevista. Él pronto acudió a nuestro encuentro y nos saludó con esa energía juvenil que lo caracteriza y caminamos hasta su casa. Era una vivienda de dos pisos, con unas escaleras que estaban por fuera y llevaban al segundo piso. Nos invitó a subir, y abrió una puerta que daba a su habitación. Allí estaba su novia, que nos saludó y nos ofreció un refresco. Empezamos a contarle a grandes rasgos las preguntas y los posibles lugares para grabar y hacer tomas. Le pedimos a Jhon que para hablar de su pasado nos quedáramos en su cuarto, pues era acogedor y cálido, y así podría hablar desde la comodidad de su hogar. A él le pareció perfecto y ubicó una silla junto a un mueble con libros; miramos el encuadre y la luz, y empezamos a grabar.



Jhon no paraba de reír. Iniciamos con unos pequeños comentarios graciosos sobre grabar a los demás y la incomodidad que esto a veces genera; luego, él respiró profundo y miró a la cámara. Le preguntamos cómo vivió él o su familia el conflicto armado colombiano y cómo esta situación marcó su vida. Como si estuviera hablando con sus amigos, nos empezó a contar todo acerca de sus familiares que pertenecían a las Farc, la violencia que vivió en su barrio cuando era un estudiante, y cómo se topó con el teatro. A veces se quedaba callado, pensando en cómo narrar su historia, miraba a su alrededor y, como buen actor, se ayudaba con sus manos para expresar lo que contaba; era inevitable que el cuerpo también hablara por él. En algunos momentos saltaba de su silla, hablaba con más fuerza y después atenuaba su voz y contaba algo que le generaba tristeza la recordar. En el caso de su hermana, sentimos con él ese cariño y la falta que le hacía.

Cuando empezó a contarnos sobre el teatro, sonrió en cada palabra que salía para explicarnos todo: cómo fue su primera experiencia, lo que significa para él y el amor que siente al poder entregar este arte a otros. Nos mostró un recorte del periódico donde sale una fotografía de él; se tocó la cara, y fue como si estuviera en ese momento de nuevo; “es una llama que sigue viva”, pensamos. Nos contó de Bahía Solano, y cómo en 1970 un terremoto obligó a la mayoría de su población a evacuar y salir de su tierra. Muchos llegaron a Bogotá y terminaron construyendo un barrio en Bellavista. Jhon nos contó que las historias de ese terremoto sirvieron para hacer una obra teatral, y sacó de entre sus papeles lo que parecía ser un guion de esa pieza de teatro que hicieron de niños para brindarle un tributo a los damnificados, hoy sobrevivientes, de Bahía Solano.

Después de que nos contara todo su pasado, decidimos hacer unas tomas afuera, en una especie de balcón que quedaba justo al lado de las escaleras para bajar al primer piso, desde el cual se veía una montaña. Jhon no dejaba de jugar, movía su pelo, hacía muecas y nosotros nos sentimos en un ambiente amistoso, e igualmente empezábamos a reírnos con cada cosa que hacía. Le preguntamos por qué eligió el teatro. Se rio y dijo que era muy difícil responder, pero lo hizo. Dijo que el teatro, de alguna manera,



le generaba un conflicto interno; es estar en un límite que se difumina cuando compruebas que sí se puede ir más allá; es entregar la humanidad, y es entregar una mentira con la mayor sinceridad posible. Nos explicó que para él era eso, tomar situaciones reales de su vida y utilizarlas con el fin de hacer sentir a alguien lo que está viendo, que lo crea. Mientras nos miraba fijamente, Jhon habló de todo lo que representa para él el teatro, el contacto con el otro y lo que genera en él mismo. Nosotros quedamos pasmados ante tanta elocuencia; es tanta la pasión que, como cualquier otra, parece ser paradójica, simplemente no está para ser comprendida, sino para sentirla y, en este caso, actuarla.

Luego, le preguntamos si para él las expresiones artísticas y el trabajo comunitario permiten que de alguna manera los sobrevivientes del conflicto superen la guerra y logren empoderarse. El respondió con contundencia que estaba seguro de que es así; que, en su caso particular, el teatro generó perdón, reconciliación y empoderamiento, porque cuando una persona sobrevive y se acerca al arte, quiere que los demás pasen por lo mismo, se unan y descubran un nuevo camino. Jhon nos comentó acerca de una experiencia artística con un grupo de desmovilizados de las Farc, exparamilitares y miembros del Ejército afectados por la guerra, que se conocieron sin saber quiénes eran, todos ahora actores de teatro. Nos contó que todos se conocieron al inicio y desarrollaron una obra que se llamó *Victus*, y después de un tiempo de trabajo revelaron su pasado; pero ya era tarde para sentir odios, Jhon dijo que lo que había ya era una amistad y que no importaba el pasado, sino lo que construían en ese momento. Y finalizó diciendo que es así como el arte se filtra en cualquier esfera y desdibuja sentimientos del pasado: el odio, el rencor y la venganza formarían parte de una actuación.

Decidimos parar y pasar a otro lugar. Al ver la montaña desde su casa le preguntamos si era posible ir allá para grabar otra parte, él nos dijo que sí, que no había ningún problema. Al bajar, una señora nos saludó; estaba entrando al primer piso y Jhon bajó rápido para ayudarle a abrir la puerta; le decía “mamá”. Jhon nos ofreció entrar por una taza caliente de agua de panela; aceptamos y lo esperamos en la sala. Mientras él preparaba la bebida, le preguntamos si podíamos entrevistar a su mamá. Dijo que sí y



le preguntó; a ella le causo gracia y con cierta vergüenza aceptó. Se sentó justo en frente de nosotros; le preguntamos sobre Jhon y su amor por el teatro, y lo primero que nos dijo fue que ella no era la mamá, que ella fue quien lo crió desde pequeño, pues su mamá natural lo había dejado a su cuidado, y que junto con su papá se han encargado de brindarle lo mejor que podían. También nos contó que desde pequeño empezó a ir a la fundación y ellos preferían verlo ahí aprendiendo cosas útiles y no en las calles; que el orgullo era grande cuando lo veían actuar porque por momentos lo desconocían: “*Él es muy entregado al teatro*”, puntualizó.

Nos tomamos el agua de panela. Empezaba a lloviznar y el viento se sentía más fuerte allí. Salimos y junto a su novia nos desplazamos hasta la montaña. Él nos dijo que durante ese mes todos los niños salían a elevar cometas y la vista era grandiosa. Subimos y encontramos un lugar para empezar a grabar. Jhon se sentó en una roca y, mientras acomodábamos el trípode, escuchábamos la música proveniente de muchas casas, vallenato y salsa. El viento que soplaba con gran fuerza traía esos sonidos y no podíamos evitar pensar en todas las personas que viven allí. Empezamos a grabar y lo primero que le preguntamos fue sobre la capacidad de resiliencia y si consideraba que él la poseía. Contestó que nunca se ha detenido a evaluar si posee o no una capacidad, que simplemente la vida lo ha puesto en un camino y es allí donde ha demostrado lo que posee. Que era parecido cuando muchos de sus amigos le preguntaban cómo lograba ser un líder, cómo lograba hacer lo que hacía, y él, con 15 años no sabía que responder, porque nunca planeó ser un líder, son cosas que solo pasaban, afirmó.

Enseguida, le preguntamos si desde su saber podía definir el término *resiliencia*. Respondió que, para él, la superación es una consecuencia de la catarsis, y que percibe que la sociedad ha visibilizado la catarsis como un hecho negativo, un estado al que nunca se debe llegar; pero que él piensa totalmente lo contrario: “*es un momento que todos debemos atravesar para superarnos y seguir creciendo*”. Él mencionó que, si bien el concepto no lo conocía la población, lo viven día a día. Es dejar las cosas atrás, enfrentar la vida y renacer, manifestó Jhon. La calma representa ese sentimiento de equilibrio, de estabilidad emocional. Le preguntamos si él sentía calma. A lo que respondió:



Mi vida se basa en entender que todos los estados son muy necesarios para lo que viene; entonces, si a mí me llega la calma, disfruto de la calma. Este es un momento bonito, poder compartir con alguien la experiencia de hablar de su barrio, sentarse, ver el barrio, sentir el aire. Es un momento que inevitablemente genera muchísima calma.

Esto lo decía mientras su mirada se perdía en los miles de casas suspendidas en las montañas. El viento soplaba y todo por un momento pertenecía a un segundo plano. Consideramos que era el momento preciso para que nos hablara de sus sueños y metas. No tardó en responder ni lo pensó mucho y dijo: “actuar”. Agregó que a él no le interesaba hacer teatro por diversión, que él puede hacer más que eso, puede atravesarlos, hacer cercana a la gente que se encuentra distante. Dijo tener muchas preguntas sin resolver, pero que eso también era lo lindo: tener preguntas y todos los días estar analizando las posibles respuestas, tal como hace él para llevarles el teatro a todas esas personas y que con eso logre cambiarles la vida. Con eso sueña, con esa respuesta que aún no tiene. Hubo un pequeño silencio y preguntamos cómo definiría el teatro. Utilizó, entonces, una frase del dramaturgo alemán Bertolt Brecht:

Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. Pero los hay que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles.

Soltó una risa, nos miró, y respondimos de igual manera. Apagamos la cámara y Jhon nos acompañó a tomar el bus que nos bajó nuevamente a la Autopista.

Quedamos de volver para ayudarles en la fundación con un video para promover las inscripciones de los niños del barrio a los diferentes cursos, y para hacer otras preguntas a Jhon. El 26 de agosto llegamos a Bellavista, para ser más exactos a la fundación, había muchos jóvenes con camisetas moradas y el logo de la fundación ensayando una comparsa. Jhon y Ricardo nos presentaron con todos y nos dieron algunas indicaciones para el video. Pero antes, le pedimos a Jhon ubicarse afuera de la fundación para hacer



la entrevista antes de empezar a caminar por los barrios de esta comuna. Le pareció buena la idea y empezamos. Tenía una camiseta blanca que contrastaba con los colores morado y verde de la pared de la fundación.

Le preguntamos cómo fue ese proceso mediante el cual se convirtió en un actor social importante en su comunidad. Él, en medio de niños corriendo, respondió que no fue algo que hubiera planeado y recordó que un día su amigo Ricardo, mientras arreglaba un computador, le dijo: *“Jhon es que usted cómo hace. Yo un día quiero hacer eso que usted hace, poder liderar, mover masas, que la gente me siga las ideas”*. Jhon no supo que responderle, y le dijo: *“Eso se va dando sin que usted lo quiera, no es que un día yo me levanté y dije hoy quiero ser líder, y lo fui. Eso se va dando en el proceso”*. Y agregó en su respuesta que siempre tiene que haber un grupo que motive, que produzca ese cambio y, como jóvenes creciendo en una comunidad vulnerable, eran ellos o no iba a ser nadie el que generara esa transformación.

Después, le preguntamos cómo la fundación y él con su labor contribuían a la construcción de la memoria. Reconoció que ellos cuando trabajan con la comunidad, intentan buscar las memorias de todos y nos contó de una obra que realizaron, llamada *Bendita agua maldita*, con esta puesta en escena le quisieron transmitir a la comunidad un importante mensaje:

Cuando no había agua, nos tocaba pelear para tener agua, nos tocaba caminar, cargar galones, ese tipo de situaciones. Llegó el agua, y a la gente se le olvidó que pasó esas necesidades, vemos chorros de agua en la calle, la gente lava los tapetes como si no los hubiera lavado nunca; la gente deja las llaves abiertas se riega el agua y las llaves goteando toda la noche.

Mencionó que es muy bonito mostrarles su propia historia, y que si ellos llegaban hacer un trabajo sobre los muertos que hay en el barrio, muy posiblemente le toquen el corazón a alguien, a muchachos que digan “no más, esto no es lo que quiero para mí”, y a través de este mecanismo, posiblemente logren hacer el cambio de no caer en una misma sintonía.



Quisimos saber, entonces, qué pensaba sobre el acuerdo con la paz con las Farc, a lo que respondió que cuando empezó el proceso él recuerda que para el plebiscito escribió lo siguiente: *“Qué lindo ver como el rostro de una mujer que perdió su hija hace veinte años cambia, porque hay algo de esperanza, hay una luz. Hay una mujer que sabe que a su hija ya nadie le está apuntando”*. Y sentía que lo mismo pasaba con su hermana, porque él sabía que su hermana posiblemente estaba más tranquila, ante la esperanza de regresar. Enseguida le preguntamos qué le ha ayudado a superar en su vida personal el teatro y la labor que realiza en la fundación. Él se detuvo, miró a los niños correr y respondió que el teatro fue ese camino constante de crecimiento, un descubrimiento individual, porque así sea para entretener a un público, en el fondo, es más para él mismo. Las artes escénicas le permitieron buscar un mecanismo diferente a la violencia para superar lo que vivió. El teatro fue ese escape: una posibilidad para transformar su realidad. Por último, le pedimos que nos dijera cuál era su aporte para la paz y respondió con firmeza: *“Mi aporte para la paz es ser actor. Mi aporte para la paz es hablar de Bellavista. Mi aporte para la paz es abrazar, abrazar el mundo y abrazar la vida”*.

Después de terminar la entrevista, nos dirigimos hacia las calles de Bellavista para grabar la comparsa que invitaba a los niños de la comuna a inscribirse en la fundación. Las personas aceptaban el llamado con una sonrisa, los niños corrían detrás y les mostraban a sus papás, mucha gente salía por las ventanas al escuchar la música. El sol pegaba duro, nos ofrecieron agua y nos detuvimos en varias cuadras para repartir volantes. Grabamos todo el recorrido.

Cuando volvimos a la fundación le pedimos a Brayan, otro amigo de Jhon, que nos dijera unas palabras sobre él. Nos contó que se la pasaban juntos todo el tiempo, pero llegó un tiempo en que ya no se veían. Ahí Brayan le preguntó a Jhon qué hacía, y él le respondió que estaba yendo a unos talleres en una fundación. *“Él me invitó a ir a teatro”*. Brayan dijo que se arriesgó, aunque era una persona muy tímida. Al inicio le pareció



durísimo, pero después, poco a poco, lo logró. Comentó que fue la mejor casualidad que le pudo haber pasado en ese momento, porque si Jhon no le hubiera dicho nada de la fundación, él no estaría ahí. Y define a Jhon como una persona persistente que siempre asume todo con la mejor actitud.

Cuando estábamos en el proceso de edición, armando cada relato, escuchábamos a Jhon y nos sentíamos cercanos, posiblemente por ser también jóvenes, o quizá porque venimos de contextos difíciles donde las oportunidades han sido reducidas. Él vivió cosas que muchos jóvenes viven a diario, pues la violencia en las comunidades permanece latente. Es cierto que la violencia ha traspasado muchas barreras y el rechazo a los desplazados en sus nuevos hogares llega a ser un punto determinante para provocar una cadena de hechos negativos. Son también muchos los que enfrentan a una sociedad que señala y juzga. Jhon nada tuvo que ver con grupos alzados en armas ni con los ideales que representan, pero por decisiones del pasado allí estaban su prima y su hermana. Y ante tanto estigma, lo peor es evidente, el futuro de muchos jóvenes es predecible en un municipio como Soacha; sin embargo, Jhon demostró que en el teatro no solo se encuentra un arte versátil, sino un mecanismo de superación, de empoderamiento y de construcción que les puede servir a jóvenes como él para forjar su camino.

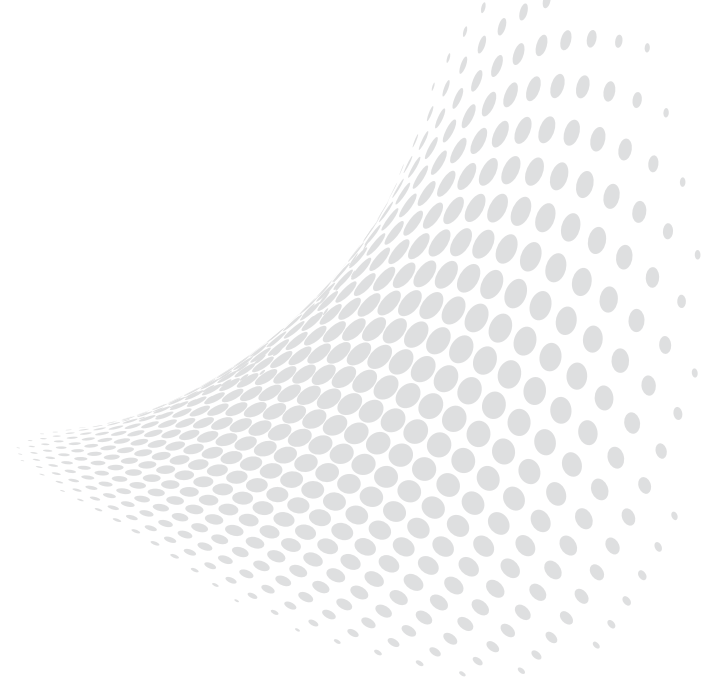




Del camino recorrido y las reflexiones

*“Ustedes no son víctimas, son héroes.
Su sacrificio ha sido con la paz, no con la venganza”.*

TAWAKKUL KARMAN
(Premio Nobel de Paz, 2011)



La finalidad de *Caminos de resiliencia* como práctica fue resaltar las historias de superación que se entretajan detrás del conflicto armado colombiano, para así aportar a la construcción de la memoria histórica y la paz. Los sobrevivientes de la guerra nacional han realizado procesos significativos de reparación desde su cotidianidad, a través de mecanismos no convencionales; sin embargo, sus experiencias no han tenido mayor difusión en los medios tradicionales, pues el panorama revictimizante ha sido el protagonista. A pesar de que Soacha, por ejemplo, cuenta con 8% de esta población, sus historias de transición de la guerra a la reconciliación son desconocidas. Se buscó contrarrestar la poca presencia mediática de temas de paz, pero ¿cómo se desarrolló la idea? ¿Cuál fue el proceso creativo para llegar a consolidar esta experiencia? ¿Cómo se llevó a cabo el acercamiento y el diálogo con los personajes seleccionados? A continuación, se detallarán estos y otros procesos que permitieron que *Caminos de resiliencia* sea hoy una realidad.

La ruta de acción que definió el trabajo periodístico se trazó con el propósito de contribuir al cambio social por medio de la visibilización de la capacidad resiliente de cinco sobrevivientes del municipio. Para ello, se consideró fundamental el manejo responsable de sus historias y se dio

mayor importancia a sus puntos de vista y no solo al hecho violento que padecieron. Ha sido poco el seguimiento al presente y al futuro de quienes vivieron en carne propia la guerra por parte de los medios de información. No obstante, es fundamental que en un proceso de posacuerdo el periodismo contribuya, y una forma de hacerlo es no mostrar episodios de violencia ni difundir prácticas agresivas desde el oficio. Más allá de que a través del producto comunicativo los protagonistas de este texto resolvieran los estragos de la guerra y se convirtieran en líderes sociales de sus comunidades (tarea que ya habían hecho con anterioridad), el objetivo era dar a conocer sus relatos sin caer en la revictimización. La investigación periodística fue un trabajo colaborativo permanente: ellos comprendían de primera mano su contexto y los periodistas, el uso de herramientas comunicativas.

En un primer momento, se identificó si efectivamente los sobrevivientes seleccionados poseían características de resiliencia ligadas al conflicto, lo que resultó ser una certeza. Luego, se iniciaron los acercamientos a los personajes, el reconocimiento de su entorno social y la generación de confianza para desarrollar el proyecto. Las primeras aproximaciones se dieron gracias a dos fundaciones: Colombia Nuevos Horizontes (que desde hace once años brinda alojamiento, alimentación, apoyo psicosocial, acompañamiento legal y espacios de formación a población víctima del municipio) y Arte Sin Fronteras (que realiza talleres artísticos con niños, jóvenes y adultos de Ciudadela Sucre, brindándoles una mejor calidad de vida). Allí se conoció cómo se vivía la capacidad de resiliencia en el municipio, la situación actual de estos sobrevivientes que han superado la guerra, la labor social que desempeñaban, su relevancia en la comunidad y su aprobación para compartir sus experiencias.

Después, se coordinaron varios encuentros para entablar confianza. En tal sentido, lo que se hizo fue apoyar, como comunicadores, los procesos que estas fundaciones adelantaban. Por ejemplo, en el caso de Colombia Nuevos Horizontes se realizaron una serie de talleres radiales con los usuarios, que dieron como resultado el programa que se encuentra en el documental. Las clases de radio surgieron porque la fundación cuenta

actualmente con una emisora virtual llamada Omega Stereo, desde la cual dan a conocer su trabajo y, de esta manera, a través de los medios de comunicación, acercan a los beneficiarios para ofrecerles otro proyecto de vida. Sin embargo, pese a ser una buena propuesta, la difusora no tenía contenido, así que se propuso ayudar en ese aspecto. Respecto a Arte Sin Fronteras, se aportó con la creación de una cuña radial en la que se invitaba a los niños y jóvenes del barrio a vincularse en los talleres formativos del centro artístico, además del acompañamiento y realización de un audiovisual que documentó la toma cultural que se llevó a cabo en las calles de Bellavista.

Gracias a estos dos procesos, se dio con cuatro de los protagonistas del documental: Marino Rivera, Franklin García, Karen Bermúdez y Jhon Hernández. En el caso de Cecilia Arenas, el contacto se dio por medio de un diálogo sobre el proyecto y la forma de abordarlo. Se planteó entonces el acercamiento a sus formas de vida, sus acciones sociales, la importancia que han adquirido en sus comunidades y diversos simbolismos (fotografías, lugares peculiares y objetos), elementos que ayudaron a conformar la memoria sobre diferentes hechos originados por el conflicto. Este ejercicio fue bastante útil para la selección de las locaciones para cada una de las piezas que conforman el producto comunicativo, la forma cómo se iban a desarrollar las historias, la creación de las preguntas para conocer sus relatos de vida y las imágenes de apoyo. También, permitió construir dos guiones: el técnico (con todas las indicaciones para las grabaciones) y el interactivo (la ruta que se tuvo en cuenta para el diseño y el montaje del documental).

Además, se diseñaron el nombre, el logo y el eslogan, elementos importantes que le dieron identidad al trabajo periodístico y al documental web. El nombre de *Caminos de resiliencia* alude a las diferentes rutas por las cuales surge y se desarrolla la capacidad de superación de quienes vivieron los estragos de la guerra colombiana. Transitar por estas historias permite comprender el estado actual de cinco sobrevivientes del municipio y las diversas acciones sociales que emprendieron para aportar a la paz en sus barrios. El logo, por su parte, es un árbol cuyas ramas evocan

camino; particularmente, las hojas se transformaron en manos coloridas que representan las huellas de los sobrevivientes que, a pesar de este difícil proceso violento, volvieron a llenar su vida de color. Los tintes amarillo, azul y rojo hacen alusión a la bandera nacional, mientras que el verde y el morado son los colores que identifican a la Fundación Arte Sin Fronteras, a la que pertenecen Karen Bermúdez y Jhon Hernández. Finalmente, el eslogan se construyó para dar una idea más clara sobre la temática, ya que el término *resiliencia* no es muy conocido entre la opinión pública.

Seguidamente, se desarrollaron los relatos de vida: los protagonistas comenzaban a narrar sus experiencias de vida sobre la forma cómo vivieron el conflicto; cómo lograron alcanzar un estado de perdón y reconciliación por medio de la labor social, el arte y la pedagogía en torno a la memoria; y cómo gracias a ese empoderamiento hoy son líderes sociales de sus comunidades. Se profundizó en sus formas de vida, recuerdos, sueños, reflexiones sobre la situación del país y la acción social con la que aportan significativamente a la mediación nacional. Mediante tres sesiones de entrevista recrearon el pasado, presente y futuro, respectivamente. En el *pasado*, hablaron de la forma como lograron dejar de ser víctimas y convertirse en sobrevivientes. Para el *presente* se tuvo en cuenta el mecanismo pacífico que les ayudó a superar lo vivido. Y en el *futuro*, hablaron de sus sueños y su aporte para la paz, demostrando que es una construcción diaria en la que toda la sociedad debe participar.

En las narraciones de Franklin García, Jhon Hernández y Marino Rivera se tuvo en cuenta la opinión de sus amigos más cercanos y de usuarios de las fundaciones, quienes han seguido de cerca sus procesos resilientes. Entre las locaciones empleadas para las grabaciones se encuentran: sus hogares, barrios, fundaciones y el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, donde Cecilia Arenas teje sus colchas para la memoria. Como en el documental web se manejarían narrativas multimedia, se crearon piezas audiovisuales, galerías fotográficas y un programa radial. Para las fotografías era importante visibilizar aquellos aspectos que tal vez en los videos no se lograban apreciar con profundidad; por ejemplo: en

las imágenes de Franklin se observan los servicios que ofrece la Fundación Colombia Nuevos Horizontes; en las de Cecilia se hizo énfasis en el Costurero de la Memoria y en las de Jhon, en sus habilidades artísticas.

Luego, para contrastar la información mencionada por los protagonistas y ampliar la discusión sobre el tema, se contempló el punto de vista de expertos, como: Sonia Vargas, coordinadora del Centro Regional de Atención a Víctimas de Soacha, que brindó información sobre el panorama actual de los sobrevivientes en el municipio y las medidas de reparación que desde este organismo se han desarrollado para atender a esta población; Johan Antolínez, investigador del Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano de la Universidad Distrital (Ipazud), con doce años de experiencia en temáticas referentes a conflicto armado y memoria histórica; y Santiago Valenzuela, periodista de la plataforma de paz de Vice Colombia ¡Pacifista!. En la conversación se tuvo en cuenta la forma cómo se ha realizado el cubrimiento periodístico en tiempos de paz y las nuevas narrativas que desde los medios independientes se están implementando para acercar las historias de los sobrevivientes a las audiencias. Por último, para la creación óptima del documental, se consultó a Lady Quintero, diseñadora gráfica con amplios conocimientos en este tipo de producciones.

Una vez recopilado todo el material, se desarrolló la etapa de postproducción, en la cual se le dio unidad al producto comunicativo. En esta fase se llevaron a cabo los procesos de edición y sonorización. Para la edición se tuvo en cuenta el orden de las tomas, el ritmo que manejaba cada una y la duración de las intervenciones. Cabe resaltar que se contemplaron elementos como la armonía, la sensibilidad y la continuidad. En el documental creado, las historias de vida se dividieron en tres momentos: pasado, presente y futuro, con el fin de que los relatos fueran dinámicos para el usuario. La edición de los videos se basó en la historia trazada en el guion técnico, y para la musicalización se contó con el apoyo del grupo Son de Bellavista, liderado por Karen Bermúdez. Se utilizó la canción *Arrullo de marimbas* para la creación del tráiler (un pequeño avance del documental web). Los inicios y conclusiones de cada cápsula se sonorizaron con un instrumental de guitarra que representa calma, perfecto para evocar las características resilientes que cada historia posee.



En lo que se refiere al montaje del documental web, fue necesaria la recopilación de información sobre técnicas virtuales y la entrevista a la diseñadora gráfica, quien señaló que para la construcción de un *webdoc* son importantes aspectos como la interactividad y el uso de herramientas multimedia. La primera busca generar interacción con el usuario, quien tiene un rol activo: en *Caminos de resiliencia* él decide qué historia ver, si desea reproducir audios, ver alguna galería fotográfica, etc. Por otra parte, la narración multimedia se refiere a la utilización de varios formatos para presentar contenido: fotografías, audios, textos y redireccionamiento a otras páginas web. El uso del documental multimedia nace como una iniciativa para dar a conocer estas historias desde diferentes formatos, porque las piezas comunicativas que se encuentran sobre el tema manejan el lenguaje audiovisual, fotográfico y escrito de forma independiente.

Para establecer la ruta del documental se diseñó una estructura que trazó el camino del usuario dentro de la plataforma. Como en todo relato, hay inicio y desenlace, pero en esta ocasión se utilizó un fin retórico: cada final de una historia se convierte en el inicio de la siguiente, delineando así una continuidad cíclica. Se buscó que el usuario tuviera cierta libertad para decidir el relato que quisiera conocer, para ello, dentro de cada uno hay una posibilidad de volver o seguir, como puede hacerse con las páginas de un libro. Al culminar una de las historias, se sigue con el apartado de expertos, que podría suscitar un desenlace, pero realmente la conclusión definitiva se da cuando se recorren todos los relatos. Para terminar, se seleccionó una línea gráfica que le diera una carga identitaria a cada personaje en el sitio web, de modo que no haya confusión en el usuario al estar dentro del documental.

Con respecto a si el producto cumplió el objetivo propuesto, si el manejo de las historias fue o no revictimizante y si aportó de manera positiva a la memoria que se tiene sobre esta población, para los realizadores de *Caminos de resiliencia* era más que necesario saber las opiniones de los protagonistas, por lo que se realizó un lanzamiento exclusivo para ellos antes de dar a conocer el documental. Un periodismo responsable que contribuya a la paz debe estar mediado por el respeto a las fuentes; al fin

y al cabo, gracias a ellas nace la noticia. En esa oportunidad, asistieron dos de los cinco personajes; no obstante, los demás observaron el documental vía web. Ingresaron al sitio para explorar cómo se desarrolló su historia, para luego conocer un poco de los demás personajes y diligenciar un formato de satisfacción. Al final, los cinco sobrevivientes manifestaron que el documental es una pieza comunicativa responsable que representa sus procesos de superación desde otro enfoque, aportando así a la construcción de la memoria histórica y la paz. Jhon Hernández en ese momento expresó:

Lo gratificante de este trabajo es que pueda generar esa conciencia y deseo de seguir apoyando en otras comunidades. Es muy lindo tener una manera tan práctica de acercarme a otras historias que tienen cosas en común, más allá de los diferentes procesos.

En estas páginas se ha presentado el panorama de cinco sobrevivientes del conflicto armado que residen actualmente en el municipio de Soacha, cinco relatos admirables de colombianos que lograron sobreponerse a la violencia a pesar de haber sufrido sus estragos, cinco hombres y mujeres que adoptaron la resiliencia como arma de resistencia ante la adversidad. Cinco historias que pueden ser calcadas por miles de sobrevivientes de la guerra nacional, que también a través del arte, la pedagogía en torno a la memoria y la labor social han superado un pasado violento y aportan a la construcción de la paz desde sus prácticas diarias. Con la difusión de sus relatos de vida, primero a través del documental web, y ahora con la publicación de este libro, se pretende visibilizar los procesos de resiliencia que los sobrevivientes han adelantado desde antes de la firma del acuerdo en La Habana; experiencias que no han ocupado grandes titulares en los medios informativos, pero que guardan la clave para la reconciliación nacional. La memoria que se ha construido sobre el conflicto no enaltece ni reivindica la imagen de quienes la han padecido.

Durante el año en que se llevó a cabo este proceso periodístico, múltiples hallazgos condujeron a las reflexiones que se desglosan a continuación.

Respecto a las características que permiten identificar la capacidad de resiliencia en los sobrevivientes del conflicto armado que residen en Soacha, se encontró que son factores comunes en estas personas: la vivencia de un proceso de reparación acertado por medio del arte, la labor social y la pedagogía de la memoria; mecanismos alternativos de superación que llegan a tener los mismos o, incluso, mejores resultados que los convencionales para que esta población logre sobreponerse a los estragos de la guerra. Además, un proceso de esta trascendencia ocasiona un ejercicio de empoderamiento que los motiva a compartir su experiencia y apoyar a otros que han vivido o se encuentran en situaciones similares. Esa apropiación los lleva convertirse en líderes comprometidos con el desarrollo de sus comunidades, gracias al reconocimiento de sus acciones en las zonas donde habitan. La resiliencia genera características de liderazgo en quien la vive.

En cuanto a esos procesos de resiliencia, se halló que mecanismos alternos como el arte, la cultura, la pedagogía o la labor social permiten que esta población supere la guerra, haga catarsis y se empodere. Tal es el caso de Franklin García y Marino Rivera, a quienes el trabajo con comunidades que, como ellos, padecieron situaciones traumáticas les ha permitido sanar sus heridas y, por consiguiente, aportar en su día a día a la construcción de paz. También puede apreciarse en el caso de Cecilia Arenas, a quien las charlas y el arte manual ayudaron a afrontar el dolor y recordar desde lo positivo; o en el de Jhon Hernández, que a través del teatro transformó su legado familiar violento y la falta de oportunidades en una experiencia liberadora para sus representaciones artísticas; o en el de Karen Bermúdez, líder del grupo musical Son de Bellavista, de la comuna cuatro, a quien la música tradicional del Pacífico la convirtió en un ejemplo de superación. Sus relatos de vida muestran que cuando se realiza un proceso de sanación usando mecanismos diferentes a la confrontación, la forma de percibir la propia situación cambia.

Los sobrevivientes seleccionados consideran que el término *víctima* no los representa, porque solo hace énfasis en su carácter de damnificados, como si esa fuera la única característica para definirlos, dejando de lado

que son seres humanos con una cultura, gustos y sueños. Claro, no deben considerarse como sujetos comunes porque sí vivieron un hecho atípico que les causó daño en su vida personal, pero referirse a ellos únicamente por tal condición es irresponsable. Hablar de esta población desde el dolor se vuelve revictimizante y hace que el contacto con quienes se consideran realmente sobrevivientes sea más difícil. A su vez, ellos manifiestan que se han sentido vulnerados por la forma como han sido manejadas sus historias: los hechos violentos y el punto de vista de los victimarios han tenido gran difusión en los medios masivos de información, pero cómo las personas afectadas construyen paz día a día no ha ocupado grandes titulares. De ahí la importancia de que en los medios alternativos se esté haciendo un ejercicio responsable para que estos procesos excepcionales sean contados, pero faltan más profesionales que se unan a la tarea.

Precisamente, respecto al manejo informativo sobre conflicto y pos-conflicto, el periodista para la paz entrevistado, Santiago Valenzuela, explica que ha sido muy limitado porque se está visibilizando solo a las voces oficiales y todo se enfoca en los procesos de paz con los grupos ilegales. También menciona que: “hay que acercar la paz a la gente, mostrarle a las audiencias que es una construcción diaria que no depende solo de la firma de un acuerdo”. Sobre el tratamiento mediático de los relatos de los sobrevivientes existen otros rumbos que no han sido explorados, los cuales podrían ampliar el contenido periodístico enormemente. Para ¡Pacifista! la participación activa de quienes viven la información es indispensable, por eso los incluyen en la elección de los temas y en el desarrollo de su historia.

Si se mencionaba anteriormente que para las personas que sufrieron los estragos de la guerra el concepto *sobreviviente* es el más acertado, desde la perspectiva de organismos académicos como el Instituto Para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano de la Universidad Distrital (Ipazud), este término no es el indicado, porque el concepto de víctima tiene toda una carga identitaria que está condensada en la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (Ley 1448 de 2011), mediante la cual el Estado colombiano reconoce a estas personas y les permite acceder a ciertos beneficios. En el marco de la presente investigación periodística, el empleo del término

sobreviviente es fundamental porque permite que, desde el mismo lenguaje, se hable de los damnificados con un enfoque más incluyente. Tener la condición de sobrevivir no implica un ejercicio de olvido, al contrario, le permite al implicado una característica de identidad más allá del estigma. Por su parte, entidades municipales como el Centro Regional Víctimas de Soacha, los reconocen como víctimas y sobrevivientes. La diferencia recae en que los primeros aún no han realizado un proceso adecuado de reparación, mientras que los otros ya han logrado superarlo e iniciaron su proyecto de vida.

Si bien la capacidad de resiliencia es toda una realidad en la vida de los protagonistas de los relatos que conforman este libro, ellos desconocían el significado de la palabra *resiliencia*, a pesar de que les otorga el apelativo de sobrevivientes y la viven día a día. Al mencionarles el término, manifestaron no haberlo oído e ignorar su uso; sin embargo, cuando se les dio a conocer, lo asumieron como *superación*, aspecto que no está muy lejos de lo que significa: son sinónimos. Todos llegaron a la conclusión de que la resiliencia es un proceso cotidiano y, como proceso, no ocurre de forma inmediata; es una construcción de identidad que no depende solamente del hecho en cuestión, sino que implica su reconocimiento y adaptabilidad al cambio, a las nuevas situaciones. Los sobrevivientes no reconocen que sus experiencias puedan ser consideradas como una habilidad especial y en ejercicios de este tipo logran identificar su trascendencia.

Gracias al trabajo inmersivo, se llegó a uno de los hallazgos principales, un concepto más amplio de *sobreviviente del conflicto*: sujeto que realizó un proceso de reparación acertado después de vivir los estragos del conflicto armado y hoy no se encuentran en una situación vulnerable, por lo que su condición de damnificado no lo representa. Los efectos del conflicto han causado estragos en nuevas zonas que hoy viven sus consecuencias negativas; tal es el caso de quienes llegan al municipio y no han realizado un proceso de reparación acertado y, en consecuencia, actúan desde la violencia que vivieron. Quienes logran sobreponerse a la violencia urbana ligada al conflicto también deberían ser considerados sobrevivientes porque, a través de mecanismos como el arte, hicieron

frente al problema. Las medidas que se han tomado para incluir a la población víctima no han sido suficientes para que estas personas logren integrarse a la sociedad sin ningún tipo de estigma; lo que se observa es que en muchas ocasiones se les desconoce y no se les permite integrarse; no se está solucionando su situación, al contrario, comienzan a generarse conflictos en zonas no pensadas.

Al indagar sobre la percepción que se tiene en entidades como el Ipazud y el Centro Regional de Víctimas respecto a si en zonas urbanas se generan problemáticas sociales vinculadas al conflicto, la respuesta fue que la violencia ha estado presente en todas las regiones del país y, por lo tanto, el arribo de personas foráneas desde diferentes puntos de la geografía nacional sí cambia las realidades sociales de los barrios. “La sociedad se modifica a través de quienes la componen”, manifestó Antolínez, investigador del Ipazud. En el Centro Regional, por otro lado, consideran que no se generan problemas, pero admiten que la sociedad no está preparada para reincorporar y atender a esta población. Soacha es “una Colombia pequeña” que, año tras año, recibe gran cantidad de migrantes; sujetos con unas costumbres propias, que al llegar a estos nuevos sitios generan relaciones de poder distintas, y su adecuada integración en una comunidad a la que deben acoplarse constituye un enorme desafío.

Por último, y para cerrar estas páginas, vale la pena hacer una mención especial a la influencia que el enfoque UNIMINUTO tuvo en el proceso periodístico que se desarrolló. Si bien los realizadores estaban comprometidos desde el principio con una labor periodística responsable que reivindicara la imagen de los sobrevivientes, esa motivación inició en la academia, que con un método que integra la teoría con la práctica aporta a la transformación social. Además, gracias a este camino académico, se adquirió una visión más humana y crítica del entorno soachuno, con un profundo respeto hacia las personas involucradas que luchan constantemente por cambiar realidades. Faltan más profesionales entregados, comprometidos con el desarrollo de sus comunidades y con la construcción de paz a través de la misión social. El mundo se transforma a partir de pequeños mundos.

Caminos de resiliencia: historias de guerra y paz de los sobrevivientes del conflicto es una experiencia no revictimizante que permite entender el conflicto armado colombiano a través de los relatos de vida de quienes por medio del arte, la labor social y la pedagogía superaron los estragos de la guerra. La paz implica el aporte de todos los sujetos que conforman una sociedad, por tal razón, al visibilizar este tipo de historias que hablan de reconciliación, se contribuye al proceso. La paz se logra al conservar las memorias de los sobrevivientes, a partir de la reivindicación de los derechos humanos y la construcción de una justicia social que le facilite a la juventud la oportunidad de trazar su camino.

Periodistas, artistas y defensores de la verdad:

La posverdad llegó para quedarse. Sin embargo, ustedes tienen la ardua pero emocionante tarea de repasar la memoria de Colombia. En lo más profundo del campo, de los barrios urbanos y de los municipios recónditos habitan personas que son un ejemplo de superación, pero sus historias aún permanecen desconocidas. Así que transiten sus rutas, acérquense a sus realidades, escriban y documenten sus experiencias porque es hora de empezar a retratar la paz de Colombia desde otra perspectiva.

Referencias

- AFP (27 de abril de 2017). Desplazados del conflicto en Soacha: unidos por el arte callejero. *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/bogota/desplazados-del-conflicto-en-soacha-unidos-por-el-arte-callejero-articulo-691247>
- Behar, O. (2016). La responsabilidad e los medios y periodistas: Reflexiones y retos para el cubrimiento de temas de memoria. En J. Cardona, G. Morelo, G. Castrillón, K. García y O. Behar. *Pistas para narrar la memoria: periodismo que reconstruye verdades* (pp. 52-69). Bogotá: Consejo de Redacción (CdR); Fundación Konrad Adenauer Stiftung (KAS), Colombia. Recuperado de <http://consejoderedaccion.org/webs/PistasNarrarMemoria/Cap2/>
- Carabalí, Grupo Creativo. (2015). Pregoneros de Medellín. Recuperado de <https://pregonerosdemedellin.com/#es>
- Espectador (12 de febrero de 2018). Solo se ha cumplido el 18,5% del acuerdo de paz con las Farc. Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/paz/solo-se-ha-cumplido-el-185-del-acuerdo-de-paz-con-las-farc-articulo-738623>

El Tiempo (13 de junio de 2014). Se dispara llegada de desplazados a Soacha. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-14116247>

Observatorio de Construcción de Paz (2012). Medios de Comunicación y Construcción de Paz. *Cuadernos Paz a la Carta*, (2). Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano; FOS-Colombia. Recuperado de http://www.utadeo.edu.co/files/collections/documents/field_attached_file/cuaderno.pdf

Organización de las Naciones Unidas (29 de noviembre de 1985). Resolución 40/34 de 1985. Declaración sobre los Principios Fundamentales de Justicia para las Víctimas de Delitos y Abuso de Poder. Recuperado de <http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=A/RES/40/34&Lang=S>

Ospina, W. (1996). *¿Dónde está la franja amarilla?* Bogotá: Norma.

Pulzo. Frases que deja la Cumbre de Premios Nobel de Paz, en Bogotá (2 de febrero de 2017) Recuperado de <http://www.pulzo.com/nacion/cumbre-premios-nobel-bogota-PP203459>

Registro Único de Víctimas (2018). Reporte general. Recuperado del sitio web de la Red Nacional de Información: <http://rni.unidadvictimas.gov.co/RUV>

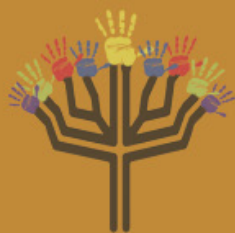
Rodríguez, A. (2009). El concepto de víctima. En I. Markez Alonso, A. Fernández Liria, P. Pérez-Sales (coords.). *Violencia y salud mental: salud mental y violencias institucional, estructural, social y colectiva*. (pp. 37-42). Asociación Española de Neuropsiquiatría. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/301542771_EL_CONCEPTO_DE_VICTIMA Salgar, D. (3 de julio de 2016). El reto de integrar a los desplazados a la ciudad. Colombia 2020. *El Espectador*. Recuperado de https://colombia2020.elespectador.com/jscroll_view_entity/node/235/full/x73-p109shown

- Suacha en Imágenes, Corporación Universitaria Minuto de Dios & Sembrando Cultura. (2016). *El Charquito documentando*. Recuperado de <http://elcharquitodocumentando.com/>
- Toro, J. (3 junio de 2016,). En el periodismo para la paz las historias no tienen que ser 'rositas'. *iPacifista!* Recuperado de <http://pacifista.co/cristina-avila-periodismo-paz/>
- Unidad para las Víctimas. (8 de febrero de 2016). *Unidad para las Víctimas presentó nuevo centro regional de atención en Soacha*. Recuperado de <http://www.unidadvictimas.gov.co/es/asistencia-y-atenci%C3%B3n-humanitaria/unidad-para-las-v%C3%ADctimas-present%C3%B3-nuevo-centro-regional-de>
- Uribe, D. No echemos para atrás (2014). *Diana Uribe #NoEchemosParaAtrás* (video). Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=xzHjjNRZFi4>
- Villalba Quesada, C. (2003). El concepto de resiliencia individual y familiar. Aplicaciones en la intervención social. *Psychosocial Intervention*, 12(3), 283-299.
- Wills, M. (2013). *Los Tres Nudos de la Guerra Colombiana*. Centro Nacional de Memoria Histórica.

En un principio, *Caminos de resiliencia* fue un documental web que visibilizó los relatos de vida de cinco colombianos excepcionales que, a través del arte, la labor social y la pedagogía en torno a la memoria, lograron superar el conflicto armado colombiano. Ahora, en estas páginas no solo se reinventarán sus historias a partir de una gustosa narración cronológica, sino que se podrá aproximar a las experiencias vividas en el proceso periodístico y de realización del producto digital.

Comprender la tragedia que deja la guerra es necesario para aportar a la memoria histórica nacional, pero recorrer los pasos de quienes padecieron sus estragos es una luz para ir más allá del dolor. Admirar los procesos de superación que los sobrevivientes del conflicto han realizado se vuelve indispensable para la construcción de una verdadera paz.

Estimado lector, aprópiase de este texto, déjese llevar por el pasado, presente y futuro de quienes representan a miles de colombianos que día a día hacen labores extraordinarias para construir una mejor sociedad, un mejor país y que no paran de caminar por la resiliencia.



UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos

Sede Cundinamarca

ISBN: 978-958-763-279-8



9 789587 632798